REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII | San José, Costa Rica **1933** Sábado 21 de Octubre | Núm. 15

Año XV. No. 665

SUMARIO

"Jovellanos"

(Asunto más que actual)

= De *El Sol*. Madrid. =

He aquí un gran volumen en nuestra tradición de moralidad y activismo. D. Gaspar de Jovellanos perdería en calidades si intentásemos aquilatar o valorar aisladamente el amplio caudal de sus haberes o el escorzo ideológico de su doctrina. Las elegantes razones del caballero gijonés se resolverían de esa suerte en puntos de vista característicos del siglo XVIII y en ecos de Montesquieu, Condorcet, Rousseau, Locke o Adam Smith.

Mas una interpretación semejante sería, en cierto modo, inadecuada a nuestro objeto, ya que Jovellanos no actúa sobre ideas, llevado del propósito de tornarlas más nuevas o más ágiles. Su tema no es ningún problema desinteresadamente intelectual, sino aquel otro de índole práctica que le ofrecía la realidad histórica de su pueblo, asuntos de voluntad y de conducta, tareas de ingeniería política y moral. De ahí que lo que hoy nos parezca más admirable en el excelente Jovino no sea su pensar sobre la ciencia, la religión o la vida pública, sino más bien su gran ademán, su avanzar grave y heroico al encuentro de una nación, que él pretende, casi con el solo esfuerzo de su mente, levantar en vilo.

Don Francisco de Goya pintó un maravilloso Jovellanos, bien ajustado a las ideales líneas de la época, denso de alusiones: aristocratismo, melancolía prerromántica, convencionalismo de ese papel que la mano abandona con fingido desgaire, mirada dulce de hombre bueno, perdida allá tal vez donde se forjan las abstracciones de la razón. El conde de Toreno, su amigo, ve en él "la imagen de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y al exquisito gusto del nuestro... Achacábanle afición a la nobleza y sus distinciones".

Suelen los que escribieron acerca de este preclaro astur, y en modo general quienes se ocupan de nuestro siglo XVIII, considerar



Gaspar de Jovellanos

De un original de *Goya*.

como restauradores de una decaída grandeza a los hombres de Carlos III: España había venido a menos y ellos pretendían llevarla a más. De hecho, esa idea está expresada, por ejemplo, en Cadalso, que desearía resucitar las virtudes del tiempo de los Reyes Católicos, a fin de que sus esplendores revivieran. Pensando, sin embargo, con más rigor, se llega a ver que no es ése el problema para Jovellanos, Cabarrús y sus iguales en inquietud patriótica. No se trataba, en efecto, de infundir fuerza nueva a un pueblo, accidentalmente decaído por guerras, emigraciones o cualesquiera otras causas, del modo que a un convaleciente se le dan alimentos exquisitos. No. Lo utópico y a la vez trágico del afán de aquellos hombres consistía en querer prescindir de lo que España realmente era, para en aquel vacío fraguar otro país, con otros supuestos, con distinta sensibilidad. Querer ser lo que no se es, como no se es. Esa pugna de las minorías contra la masa no significa, sin embargo, algo adventicio entonces y privativo del siglo, ya que lo observamos a lo largo de la historia moderna desde el siglo XVI, y en el momento presente cuenta con esforzados agonistas. Mi idea es que esta hispanidad discrepante, al mostrar su constancia a través de los siglos, representa un elemento esencial de la Historia, no debido a motivos de accidente o capricho. La historia de España es la de un ser que en su flanco abierto portara el dardo de un perenne descontento. Jovellanos es una manifestación suprema de lo que pudiera denominarse el "jovellanismo" esencial de nuestra Historia.

El pasado, como tal, había fracasado. "¿De qué le sirvieron a España los estudios eclesiásticos? ¿De qué la jurisprudencia?"—preguntaba Jovellanos—. "¿Cuáles son las útiles verdades que recogió por fruto de las vigilias de sus sabios?" El pueblo, teócrata por su gusto, había llegado a fines del siglo XVII, con Carlos II, a gozar sólo de una parodia de la vida. Se pensó entonces seriamente en confiar a los cabildos catedrales la gerencia del Ejército, la Marina y las finanzas públicas. Vino luego la dinastía borbónica, renacen las minorías cultas al contacto del saber de Europa, y se hace posible la enérgica y alegre arremetida de las huestes de Carlos III. La expulsión de los hijos de San Ignacio marcó la cúspide de ese intento de desvivir una errada Historia. Poder civil, religiosidad templada por el sentido de lo humano, esfuerzo por conquistar la felicidad de este mundo mediante el uso racional de las riquezas naturales, superación de todo plebeyismo, urbanización de los campos; todo eso y algo más constituye el programa de Jovellanos. "No haya lugar, ni aldea, ni feligresía que no tenga enseñanza de las primeras letras; no haya individuo, por pobre y desvalido que sea, que no pueda recibir fácil y gratuitamente esta instrucción". Mucho falta aun para que tal deseo se convierta en una realidad plena.

Jovellanos es, con todo esto, el menos abstracto de los regeneradores del siglo XVIII. Aspira a actuar sobre los resortes vitales, quiere movilizar la apetencia de bienestar y los estímulos placenteros. Le inquieta la ausencia de diversiones públicas, sin las cuales se amortecinan los ánimos en el lugar pequeño, morada del tedio y de la abulia. En una anto-

logía jovellanista debiera figurar este pasaje, maravillosamente descriptivo, y del que desborda una conmovida preocupación "¿Cómo es que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. En los días más solemnes, en vez de la alegría y bullicio que debieran anunciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una perezosa inacción, un triste silencio, que no se puede advertir sin admiración y lástima. Si algunas personas salen de sus casas, no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas, y las arrastran al ejido, al humilladero, a la plaza o al pórtico de la iglesia, donde, embozados en sus capas, o al arrimo de alguna esquina, o sentados o vagando acá o acullá, sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse. Y si a esto se añade la aridez e inmundicia de los lugares, la pobreza y desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza, falta de unión y movimiento que se nota en todas partes, ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca a la vista de tan raro fenómeno?"

Esto escribía en 1790, antes de que el autor recorriera, con ojos rusonianos, el País Vasco, donde halló lo que echaba de menos: "un pueblo entero, sin distinción de sexos ni edades, correr y saltar alegremente en pos del tamboril, asidos todos de las manos y tan enteramente abandonados al esparcimiento y al placer, que fuera muy insensible, quien los observase sin participar de su inocente alegría". "Unos hombres frecuentemente congregados a solazarse y a divertirse en común formarán siempre un pueblo unido y afectuoso; conocerán "un interés general", y estarán más distantes de sacrificarle a su interés particular".

Modificar la vida social, a base de efectivos intereses, era el programa de este culto estadista, que conoció las más amargas tristezas, persecuciones atroces y sin causa concreta. Jovellanos no combate a nadie, no emitió idea peligrosa ni en religión ni en política. Fundó meramente el Instituto Asturiano para adiestrar a sus conciudadanos en las ciencias y artes útiles, y consagró su vida a numerosas y beneficiosas actividades. ¿Cómo, pues, el Gobierno de Carlos IV le mantiene largos años prisionero en Mallorca, como culpable de altísima traición? Su única culpa fué haber irritado el vago y difuso espíritu inquisitorial, provocando el rencor alquitarado de quienes no podían soportar su mansa y correcta superioridad. El no ser Jovellanos abiertamente opuesto a la tradición religiosa, lejos de aminorar aquel resentimiento, lo acrecentaba; podía actuar dentro del recinto, y por tanto, con mayor peligro de eficacia. Requiere más heroísmo ser eclesiástico esclarecido que heterodoxo revolucionario. La mesura en las maneras y el intento razonador exaspera e incita incluso al crimen. A Jovellanos estuvieron a punto de envenenarlo. En un anónimo al rey, se le presentaba como "uno de los corifeos de esos que llaman "novadores", de los que por desgracia abunda en estos tiempos por nuestra España, que antes era emporio del catolicismo". Se abrió una información sobre su conducta por el regente de la Audiencia de Oviedo. Nada censurable había en su vida. Sin familia, entregado a las más nobles tareas en beneficio de su patria, era difícil hallar resquicio para la rencorosa lanzada. Allí surgieron, de todas maneras, las personas timoratas que, según el señor regente, lamentaban "que en las escuelas del Instituto no se procurase instruir en las máximas cristianas a los jóvenes que concurrían a ellas, doliéndose de que éstos, al paso que se hallan adelantados en las ciencias, se hallen atrasados en la de la religión".

He ahí la madre del cordero. Al inaugurarse el Real Instituto Asturiano, decía su fundador a los jóvenes gijoneses: "Mientras una parte de nuestra juventud, ansiosa de ejercer los ministerios de la religión y de la justicia, recibe en las escuelas generales los principios del dogma y de la moral pública y privada, venid vosotros a estudiar la Naturaleza; poned los ojos en este gran libro que la providencia abrió ante los hombres... ¿Hay por ventura sobre la tierra cosa más noble ni más preciosa que la sabiduría? Pues ved aquí que Carlos IV (esto es una obligada e insincera galantería) quiere domiciliarla entre vosotros. Ya no tendréis que abandonar vuestra patria para alcanzarla".

Se trataba, pues, de inaugurar un régimen de cultura profana, independiente de la rutina teológica y con equiparable dignidad. Tan alto ensayo, dentro de la sociedad de fines del siglo XVIII, suponía inaudito atrevimiento. Aquel uso excesivo de la inteligencia exasperaría a la postre a sus enemigos, quienes consiguen enviar a Jovellanos, primero a la Cartuja de Valdemuza, en Mallorca, donde de orden superior habría de "aprender el catecismo", perversa ironía que descubre la procedencia del hilo rencoroso, ya que nadie ignoraba que don Gaspar poseía una cultura teológica bastante amplia. No contentos aun sus encubiertos perseguidores, le trasladan—según es sabido—al castillo de Bellver, donde sufre prisión muy severa durante seis años, tiempo en que escribe, entre otras cosas, esa admirable "Memoria sobre educación pública", el primer tratado sistemático de enseñanza aparecido en español.

Sólo quiero destacar un aspecto entre los numerosos y atractivos que contiene aquella "Memoria". Jovellanos no es un revolucionario, y, según dije, lo creo el menos utopista de los escritores del momento. Quiere renovar; pero no olvida enteramente las condiciones objetivas en que la renovación deberá producirse. Las Universidades eran por entonces cosa vieja y marchita: latines pedestres, monsergas jurídicas o teológicas, nada en suma. Jovellanos quiere que se enseñen las ciencias físicomatemáticas y naturales, que no tenían curso en las Universidades de la época. Cualquier abstracto intelectualista, en su caso, habría reformado las Universidades e incluído en ellas tales y cuales disciplinas, según han solido hacer los Poderes públicos en el siglo XIX, gracias a lo cual poseemos cantidad de docencias ficticias, espectralmente cultivadas por un seudoprofesor. Jovellanos, en cambio, se nos revela muy penetrado de sentido real y veraz: "Sin alterar los estatutos, los métodos y el espíritu de este grupo, no es posible combinar con ellos el sistema y los objetos de la nueva enseñanza". Por consiguiente, "no puede reformarse sin trastornar, o más bien sin destruir un cuerpo "tan respetable". (¿Notó alguien estos rasgos irónicos o cautelosos en Jovellanos, inspirados en una exigencia de veracidad y al mismo tiempo de hábil defensa?) "La sociedad—añade—no debe tratar de destruir, sino de edificar". Y en vista de ello, este avisado educador propone dejar en su sitio a la "respetable" Universidad y establecer en otra parte "una institución de enseñanza libre", cuyo "objeto será abrir la entrada a todas las ciencias"... Y ¿quién sabe si la perfección de los estudios de Universidad penderán algún día de los de esta nueva institución?"

La razón que asistía a Jovellanos era de tanto volumen, que aun hoy día seguimos percibiendo su eficacia. Una entidad vieja o envejecida es casi siempre irreformable. Cuando en este siglo se pensó en rejuvenecer la enseñanza superior en España, un hombre parangonable en magnitud espiritual a Jovellanos, don Francisco Giner de los Ríos, emprendió el mismo rumbo, creo que sin pensar en las ideas del gran asturiano, y sólo por severa exigencia de la realidad. (Aunque es notable cierta coincidencia verbal). ¿Qué valor tienen los planes de enseñanza? Generalmente, muy escaso. Crear en cambio centros vivos, con tales y determinadas personas, de cuya eficiencia se está seguro, y sin las trabas de ninguna encadenante tradición, eso sí puede rendir frutos visibles. La Junta para Ampliación de Estudios de Madrid habría podido ser en su primer germen una idea jovellanista. Lejos de la Universidad y sin los obstáculos de toda suerte que dificultaban la labor de aquélla, la Junta ha producido centenares de investigaciones científicas y los hombres formados en sus severos métodos comienzan, en efecto, a ejercer perceptible influjo dentro de la Universidad—a veces examen, rutina y burocracia.

De este modo la lectura de Jovellanos nos trae a problemas bastante próximos, en éste y en otros muchos casos. Su visión honda de España, la vida agraria, la educación, la actitud crítica respecto del pasado, su concepto tan original de la enseñanza secundaria, en la que las humanidades modernas a base de francés e inglés pueden reemplazar a la cultura clásica, la idea feminista basada en lo que la mujer significa como animación y estímulo para las actividades del hombre, todo esto y mucho más justificaría que Jovellanos fuese leído y no ignorado modernamente. Mas entre nosotros suelen esfumarse "sicut umbra" muchos esfuerzos, disparados un día hacia la meta de lo eficaz y durable.

Américo Castro

Julio de 1933.

Méjico y la orientación económica en la Conferencia de Montevideo

= De *El Mercurio*. Santiago de Chile. *Envío del autor*. =

La VII Conferencia Internacional Americana habrá de celebrarse en Montevideo el próximo diciembre. El programa para ella, aprobado por el Consejo Directivo de la Unión Panamericana, resulta, a estas horas, deficiente, en vista de acontecimientos posteriores. La Conferencia de Londres, singularmente, ha modificado la situación de un modo apreciable. Dicha Conferencia—sea que se la considere un fracaso, como quieren algunos, sea que se la considere un mero comienzo llamado a ulteriores desarrollos, como los más optimistas lo sostienen—ha venido, en todo caso, a deslindar cuestiones y a plantear claramente algunos problemas: las dos concepciones monetarias, la tendencia a la abolición de barreras aduaneras, las sugestiones sobre facilidades a países deudores, etc. Los pueblos americanos harían mal en desatender tales problemas, cuando para ello se les ofrece tan preciosa oportunidad, como lo es la próxima Conferencia de Montevideo.

La necesidad de considerar las cuestiones económicas en la próxima Conferencia de Montevideo se impone por sí misma. Los Estados Unidos, que en la VI Conferencia de La Habana rehusaron tratar temas con este asunto relacionados, ahora lo desean ardientemente. Después de Londres hay por toda América un hervir de proyectos, entre los que no faltan tampoco las quimeras de tal arbitrista digno de la sátira de Quevedo. Las Conferencias de Washington, antes y después de Londres, acaban de enfocar y definir esta inquietud dispersa. Hay que evitar que en Montevideo se sienta rondar, en torno a los templa serena de las asambleas, la tremenda inquietud económica de los pueblos que no encuentra acogida. ¿Qué sucedió en Londres? Que, a pesar de todos los esfuerzos hechos, desde la redacción de la Agenda, para que ciertas materias no se tocaran, la angustia respecto a las deudas y el crédito externo en general llenó de pesimismo el ambiente y, desde antes de la Conferencia, predeterminó sus resultados.

A estas horas resulta evidente que, en Montevideo, además de los temas capitales sobre la paz continental, debe darse una especial atención a las cuestiones económicas. Tales cuestiones no admiten demora, ni hay razón para aplazar indefinidamene el deber de abordarlas, en espera de ocasiones futuras y más o menos problemáticas. No basta el haber obtenido la declaración de que semejantes cuestiones económicas han de recibir, en Montevideo, un tratamiento preferente, sino que hay que cargar en ellas el peso de la atención, de modo que ellas determinen el carácter de la VII Conferencia. Para obtener esto, no convendría en modo alguno introducir en la discusión, a última hora y como por sorpresa, los nuevos temas económicos, sino que es preferible modificar previamente todo el capítulo del programa relativo a "Problemas Económicos y Financieros" (capítulo IV), en vista de las nuevas necesidades, dando así lugar a que los temas sean estudiados con todo reposo por todos los miembros de la Unión Panamericana.

Trátase de fortalecer la economía continental, apremiante necesidad que es sólo una parte (la que a nosotros nos corresponde) dentro de la crisis universal. El buen juez por su casa empieza, y está bien que, como primer paso, acudamos al remedio de los peligros que más de cerca nos amenazan. No nos disimulemos que el mundo civilizado es un todo contínuo, y que en ser cada vez más contínuo está el que sea cada vez más civilizado. Pero esta totalidad supone el previo saneo de los sumandos. Esta totalidad, además, ha resultado de momento inabarcable, y aun estorbada por intereses intrincados. Por eso se impone el dividir la operación en sus partes naturales. El propósito no es, pues, oponer la economía de América a la de Europa o el resto del mundo, sino arreglar la economía de América para mejor facilitar después el arreglo general. La conciencia política del Continente ¿será acaso incapaz de encontrar fórmulas armónicas, a través de un organismo ya maduro y de tradiciones establecidas, como lo es la Conferencia Panamericana? Vale la pena de que afrontemos esta interrogación con una decisión unánime y franca.

Todo conflicto humano halla su raíz en las fuerzas morales, en la disposición del ánimo. Un cambio en el régimen de conciencia, un propósito de levantarnos por sobre pequeñas contingencias y rivalidades locales, una visión panorámica acompañada de un espíritu de armonía continental—aun cuando ello importe sacrificios pasajeros del más rico en bien del más pobre, y el prescindir de tal o cual consideración de campanario que pudiera habernos fascinado a fuerza de contemplarla de un modo exclusivo—pueden, ciertamente, encaminarnos hacia el éxito. Tal es el estado de conciencia de Méjico ante la futura Conferencia de Montevideo. Mas, como no basta la expresión de vagos ideales, como tampoco basta querer sino que hay que obrar, se procura naturalmente dar a estas aspiraciones una incorporación práctica y eficaz, en las fórmulas que la técnica aconseja y la experiencia sanciona. Méjico irá a Montevideo con miras desinteresadas, y dispuesto a servir los intereses generales de nuestra América, ya que nuestros problemas domésticos han sido resueltos o están en vía de favorable y modesta solución. Así, por ejemplo, nuestra situación monetaria, bancaria, de deuda exterior, etc., satisfacen en general las necesidades y posibilidades de Méjico. Un grado de estabilidad política mayor que en los últimos tiempos nos permite abordar la discusión con mayor libertad y calma.

El 17 de agosto, el Ministro de Hacienda mejicano, don Alberto J. Pani, declara que, si la Conferencia de Londres no pudo todavía llegar a una concentración mundial de esfuerzos e intereses, reveló en cambio "la tendencia a la formación de grupos internacionales, unidos por el nexo de los problemas económicos, por las posibilidades geográficas o por antecedentes históricos". Y añade: "El continente americano, a pesar de la divergencia que pudiera haber entre las diversas razas que lo pueblan, se encuentra en el caso de poder constituir, sin menoscabo de la soberanía de las diferentes nacionalidades en que se divide políticamente, una fuerte unidad económica". De donde concluye, en cuanto a los americanos afecta, el desplazamiento de la cuestión de Londres a Montevideo.

Dos días después, los diarios de Sudamérica traen la confirmación telegráfica de que la doctrina anterior es la base del estudio que, al efecto, llevan a cabo el general Calles, el Ministro de Relaciones señor Puig Casauranc, y el de Hacienda señor Pani, a quienes el señor Presidente Abelardo Rodríguez ha confiado la definición de los puntos de vista mejicanos para la Conferencia de Montevideo. El 7 de septiembre, se hacen públicas las declaraciones a la United Press del Ministro Puig Casauranc, en que se destacan estos conceptos: La unidad económica entre las naciones del Continente Americano deberá ser objeto de la próxima Conferencia; se espera que dicha Conferencia convierta en realidades muchas de las que hasta hoy fueron ilusiones; habría que hacer de la América una unidad económica, en un sentido a la vez generoso y práctico, sin que ello signifique la menor agresividad para los demás pueblos; el Consejo Directivo de la Unión Panamericana aceptó ya la moción de Méjico para que los temas relativos a la paz continental (punto que no necesita defensa y se explica solo) así como los relativos a la cooperación económica merezcan atención preferente: pero Méjico, no conforme con esta declaración de principio, "tratará de modificar la Agenda antes de que se reuna la Conferencia, con objeto de asegurar que estos y otros asuntos, inclusive la posible adopción de un sistema panamericano bimetalista, sean cuidadosamente estudiados". Finalmente, el Mensaje leído ante el Congreso el 1º de septiembre por el señor Presidente Rodríguez, de que la prensa ha publicado extractos tan lacónicos que hasta dan lugar a confusiones, como aquel pasaje relativo a una Corte de Justicia Americana, asunto que Méjico no propondrá—hace sentir que la intención principal de Méjico es levantar el nivel de la discusión internacional, abrir horizontes de cordialidad y entendimiento, y disipar obstáculos que sólo lo son porque no se los aborda de frente. Hagamos votos porque esta concepción, se abra paso

por entre las soluciones de corta vista, limitadas en la causa, en el tiempo y en el espacio, que al cabo, al cerrar su pequeño ciclo, se vuelven siempre contra el mismo que las aplica.

Y he aquí cómo evoluciona y perdura, entre rectificaciones y nuevos intentos, el sueño de la Grande América a que Bolívar legó su nombre, el que ya comenzaba a aletear en la sesión americana de París (1797) convocada por Francisco Miranda; el que animó el Congreso de Panamá en 1826; el que ciertamente inspiraba la Misión del Ministro Mejicano Juan de Dios Cañedo, por 1833, sobre procurar un Congreso de las Naciones Americanas que había de reunirse en Tacubaya. El que no veremos nosotros. El que han de ver nuestros nietos.

Alfonso Reyes

La ascensión

= Colaboración =

Resucitó entre los muertos
y subió a los cielos.
El Padre le dijo:
«tu obra es incompleta,
el cuerpo mortal
es tierra,
a la tierra pertenece,
volverás a los hombres.»
Volvió el Nazareno
con el cuerpo sin sangre,
los ojos inmensos
viendo más que antes.
Subió a su calvario,
vió a los hombres,
vió la cruz.
El cuerpo sin sangre,
el espíritu de Dios.
Los hombres lo mismo.
¿Y su cuerpo?
El del martirio,
sus heridas,
su sudor.
Y los hombres lo mismo.
Dejar sus espinas,
dejar su carne herida,
la que le dió el dolor.
Ascender es desprecio.
Volvió con su cuerpo
al cielo el Redentor.

Max Jiménez

San Isidro, 17 de octubre 1933.

Estampas

Con el dañino caporal de la República Dominicana

= Colaboración =

Los ciclones que destruyen a menudo tantas construcciones y sembrados en las islas antillanas vuelven caritativos a los pueblos. Es una caridad despertada por las agencias de tan variado orden que los determinados intereses económicos, políticos, sociales, religiosos, se encargan de mantener activas. Como es una fuerza de la naturaleza la que destruye, nadie se compromete si da ayuda. El orgullo de cada agencia está en poder llegar de primera con el cargamento de medicinas o de víveres. Así siente el damnificado menos su pena. Pero si es una tiranía la que destroza entonces no hay agencia que haga bulla. El tirano tiene mando y lleva cuenta de lo que contra él se haga. La indiferencia colectiva lo vuelve omnipotente. Ahora, por ejemplo, el pueblo dominicano padece el ultraje de un caporal sangrieno. No se oye clamor ninguno en las naciones que llevan socorro cuando es el ciclón el malhechor. Y sin embargo, los destrozos son terribles. Aquel Rafael Leonidas Trujillo que hace de mandatario en la República Dominicana debe ser execrado. Los dominicanos necesitan que muchas voces hablen por ellos y recuerden que Machado fué satánico como Trujillo. En estos tiranos existe una depravación común y en cuanto la bestia asoma la pezuña todo es destrucción y ruina. Machado no dejó crimen que no cometió. Trujillo recorre el mismo camino de abyección. Escapan los perseguidos y salen a denunciarlo. Dicen de él que asesina, que con su soldadesca ha violado a centenares de niñas en los campos de San José de las Matas. Lo acusan de mantener armados a tres mil hombres con los cuales impone el pavor de un extremo al otro del país. Aseguran que en su rapacidad incontenible ha acaparado todos los negocios lucrativos de la República y es dueño de la Lotería Nacional y de las industrias que estaban en manos de particulares. No hay freno para Trujillo. El dominicano está agonizando. Un gran pesar entra en el espíritu cuando se conocen los estragos del caporalismo. Y la reflexión desanima, muchas veces. El mal sujeto tiene todos los medios a su disposición para atrapar el Gobierno de una nación y llenarla de tiniebla. Hay sedimentos indestructibles que alimentan el instinto de esas bestias. Santo Domingo no es algo primitivo. Tiene muchos años de buena dirección y sus pobladores saben lo que una cultura bien administrada puede enseñar. Es decir, han vivido en muchos sacrificios y han aprendido a vigilar. El escritor dominicano Max Henríquez Ureña tiene esta observación: "Consolidada ya la República, desaparecida al fin la amenaza de Haití, redivivo y pujante el ideal de la independencia absoluta, ¿estaban eliminados los males que la hicieron viciosa en su origen? Quedaba el militarismo degenerado en caudillaje. Desde el Presidente de la República hasta el último jefe comunal, todos los funcionarios con delegación de autoridad tenían rango militar. El caudillo nacional se afianzaba en los caudillos provinciales y municipales. La vida del pueblo dominicano, desde que pudo considerarse libre de todo peligro exterior y pudo volver la vista hacia sus problemas internos, ha sido una constante lucha por establecer la República civil y destronar al caudillo militar". Pero la aparición de Trujillo, advierte al dominicano que el caporalismo sigue con la misma brutalidad y ceguera que hizo de él oprobio en tiempos pasados. Para dominar desde el Poder ha necesitado el caporal armar totalmente a tres mil malhechores recogidos en los presidios.

La República civil, que es decir la República limpia del caporal y del caporalismo, que el escritor Henríquez Ureña exalta como una conquista cierta del dominicano, no es sino una idealidad. Por la República civil trabaja la cultura cuando ciertos espíritus honrados tienen acceso a los centros que distribuyen cultura en un país. Pero es muy lenta la obra contra la barbarie. El sedimento de incultura es fatal. Allí está Trujillo, militarote vulgar, asesinando, violando, ejerciendo el latrocinio en todas sus formas. Santo Domingo no ha descuidado su lucha contra el mal de la barbarie. Recordamos que Eugenio María de Hostos fué acogido en 1884 y como llegaba acaudalado de ideas, los creadores de la República civil hicieron que organizara con ellas gente que sustentara esa civilidad. Hostos trabajó y pudo decir con orgullo cuando su Escuela Normal graduó los primeros maestros: "Era indispensable formar un ejército de maestros que, en toda la República militara contra la ignorancia, contra la superstición, contra el cretinismo, contra la barbarie". Es antigua la aspiración del dominicano por dar a su nación los fundamentos que la libren de la infamia de regímenes de malhechores. El mismo Henríquez Ureña comentando el paso iluminado de Hostos, dice: "Organizó un ejército de maestros, y bien pronto la mujer dominicana se sumó al movimiento con un brillante contingente de maestras normales. El resultado de esta cruzada pedagógica ha sido sorprendente, y el viajero que visita el país se asombra de encontrar no sólo un núcleo de hombres sobresalientes, sino también un grado de cultura media, de cultura general, que pueden envidiar muchas otras naciones". No obstante haber limpiado ese horizonte para regar luz, el caporal y el caporalismo vuelven a usurpar el poder para destruir.

Esa fatalidad hace pensar en que todavía los pueblos necesitan defensas, en que el sentido de vigilancia debe desarrollarse. Con una lucha tan fuerte y tan antigua en contra de la tiniebla, no está libre el dominicano de esa tiniebla.

Con facilidad pudo Trujillo el caporal, escalar el Gobierno y engañar a gente honrada y sentarla a su mesa y servirle en la escudilla primitiva usada por atavismo en la tribu del caporalismo. ¿Acaso Pedro Henríquez Ureña no ocupó la Superintendencia de Educación Pública? Y este hombre de gran inteligencia y de vasta cultura es de los luchadores, de los creadores de la civilidad para la República. Sin embargo, no distinguió la marca del caporal en el tiranuelo de pacotilla que le daba la Educación Pública de su país para que hiciera obra grande. No hablamos del caso de Henríquez Ureña porque tengamos el intento poco piadoso de escarnecerlo. Lo señalamos para dolernos de la facilidad con que las tiranías engañan y reducen a la sumisión a quienes han trabajado por matar la barbarie. Siempre hay la excusa, cuando al final se abandona al tirano, de afirmar que se quiso difundir cultura y por eso se aceptó el sacrificio. En realidad lo que hay es falta de visión. Porque el tirano no puede minar su sostén, no puede abrir boquetes por los cuales baje luz al fondo oscuro en que viven las raíces satánicas que alimentan su instinto salvaje. Pedro Henríquez Ureña no pudo desde la dirección de la Educación de su país hacer nada perdurable. Debe haberlo comprendido y abandonó al déspota. Hostos fué echado de Santo Domingo después que hubo levantado la Escuela Normal. Salió dejando la institución para civilizar. No tuvo el arrepentimiento de haber servido a tirano envilecedor.

Cuídense bastante, los que tienen obligaciones de limpieza, de servir al caporal que cunde por estos países. Ese caporal asalta el Poder valiéndose de todas las formas de asalto, de las pacíficas y de las tumultuosas, y finge anhelo de servir. No confíen en él aquellos a quienes hace señales para atraerlos. No confíen, porque si los honrados y viriles, pronto lo notará el caporal y los llenará de descrédito. Además, no tiene justificación el yerro en quienes han vivido oponiendo la civilidad al militarismo o caporalismo. La aparición de unas de esas figuras como Trujillo se adivina en seguida como resultado de una regresión. Descuidan las naciones su cultura, se vuelven indiferentes y el relajamiento hace fácil la tiranía.

Tiranía africana es el régimen actual de Santo Domingo y destroza con tanta violencia como los ciclones desatados sobre el Caribe. No vienen las agencias de socorro a dar el que el dominicano necesita. Tampoco fueron a dar el que el cubano necesitó durante ocho años horribles. Pero no esperemos que cuando no sean fuerzas de la Naturaleza las que consuman la vida de los pueblos, sino la pezuña del caporal, lleguen otras ayudas que no sean las de los espíritus que no transigen con el caporalismo. A Santo Domingo precisa volver el pensamiento y denunciar el crimen abominable de Trujillo y su horda. Si confiamos en que puede más la actitud de lucha que la postura miserable del indiferente, daremos aporte grande al dominicano. En Santo Domingo no están reducidos a la impotencia los que son gente de honor. Se organizan para la revolución. Pero necesitan voces que clamen por su justicia. La hostilidad exterior, cuando los Gobiernos necesitan no comprometerse, es enorme. Esa hostilidad tiende solamente a matar el clamor del oprimido. Por esto el oprimido pide al libre que hable por él y denuncie y pida justicia. Trujillo caerá y su régimen de latrocinio y de crimen se hundirá si no dejamos solo en su agonía al dominicano, si hablamos por él y recogemos sus acusaciones y las comentamos y las hacemos circular por nuestros países. El cubano pidió compañía y con ella pudo arrojar al impúdico Machado. No es sólo del dominicano el mal que lo humilla. El caporal es poblador de todas nuestras geografías desunidas. Dejarlo podrir la libertad de Santo Domingo es enseñarle debilidades de una raza atormentada por las tiranías.

Recogemos la queja del dominicano y no pensamos atribuirnos primacía de ninguna naturaleza. Escribimos para **Repertorio Americano,** que es publicación atenta al padecer de todos los pueblos de la América nuestra. La acusación del dominicano la comentamos y la difundimos y aspiramos a encontrarle otros censuradores con nuevos puntos de vista. No nos hacemos ilusiones y sabemos que la indiferencia es grande. Pero tenemos fe en el poder de los que por amor a la justicia hablan con pasión y piden condenatoria para el latrocinio y el crimen. Santo Domingo tiene en su entraña una monstruosidad que es urgente matarle. El dominicano sólo nos pide que lo ayudemos porque él hace su parte grande y decisiva.

Juan del Camino

Costa Rica y octubre de 1933.

Versos de Gracian y Miranda Archilla

= Envío de *Julia C. Marchan*. San Juan de Puerto Rico =

SON DE LA COLUMNA

Mi Señor don Juan Ponce de León,
en cada arruga tiembla de amor una montaña.

Mi Señor don Juan Ponce de León,
petrificado como el fondo del mar.

Mi señor don Juan Ponce de León,
desterrado al silencio, maniatado en la noche,
redoblado hasta el carmen de los mundos despiertos,
gobernador del cuento de Florida,
padre de las espadas,
mi Señor don Juan Ponce de León.

Una música negra te corre por las venas
y de la platería de las lunas del tiempo
te descienden sortijas miliunanochescas.

Nunca remaste en oro seco;
siempre tus remos se untaron en amor líquido,
mi Señor don Juan Ponce de León,
y porque las victorias silbaban a tu paso,
las cordilleras aprendieron tu nombre.

Aún tus pasos trepan por las estrellas
y tomas posesión de las estrellas
en el bendito nombre de Abuela España.

Mi Señor don Juan Ponce de León,
mas te han encarcelado dentro de una columna.
No aclaras las pupilas a los caminos ciegos.

Tu palidez vocea que el soñar te ha dorado los huesos
y que ya estás uncido para siempre a la noche,
mi Señor don Juan Ponce de León,
y que ya se han blanqueado tus cabellos
pregona el silbo de la aurora,
sin que bebieses agua joven.

Se me antoja que sufres anclado en una columna
los rigores del frío
y que ni uno solo de tus leones te espanta la pena
con el más celestial de sus rugidos.

Mi Señor don Juan Ponce de León,
y que nadie te tiende la mano de un amor nuevo,
como si las muchachas se hubiesen vuelto locas
por los boxeadores que no saben decir dos palabras bonitas.

El ruido de las bocinas,
mi Señor don Juan Ponce de Leon,
lo único que se pega al asfalto;
se han celebrado exequias al heroísmo,
se han escrito epitafios a la vergüenza.
Si por desgracia removieses el polvo con tu espada
y de esa columa salieses como chorro de agua,
no encontrarías un solo caballero de pelo en pecho.
Mi Señor don Juan Ponce de León,
en alarde de plata te incrustarías de nuevo en la columna,
frío de tristeza, como los ojos de los bueyes.

Mi Señor don Juan Ponce de León,
y ahora duérmete nuevamente sobre las estrellas,
y sueña que conquistas nuevamente a Florida.

AMOR

Nunca sentí el camino tan blando
ni me habló tan serena la charca.
Dios se ha roto al mirarme
lo mismo que un frasco de amor.

Nunca amé tan a tientas y a locas,
con ojos vendados de verde.
¡Qué dulzor en los dedos rosados!
¡Si parecen abejas de sol!

Nunca sentí el camino tan blando
ni me habló tan sereno mi Dios
que ahora, que verde me siento
y me chupo los dedos de amor.

DESNUDA

Afuera el cinturón J-100: desnuda,
ampliamente desnuda como el río sudoroso;
como los puertos de piratas,
desnuda;
como mi corazón marinero,
desnuda;
como el zurco fracturado de gracia,
desnuda;
como el arado que marcha en puntillas
sembrando caminos,
desnuda;
pensativamente desnuda.

Como una tinaja de vino,
como la mañana en los puentes,
como los pies del camino,
como los animales que rumian silencio,
desnuda,
pensativamente desnuda.

Frágil, con la fragilidad de un velo
adornado con buenos días,
sazonado con corazón... un velo
para cazar antojos de júbilo.

Desnuda en mis brazos desnudos,
como un trago de ron y de música.

CIGARRAS

Para que nos alumbre,
la tarde pone un huevo en el espacio.

Nos lavamos las manos
a la luz de la luna.

Con bejucos de miel
amarramos las horas,
de tal modo que lloran de quietud las cigarras.

Nos asalta el recuerdo de las cañitas
de vibrantes delantales,
charlando por los codos del viento.

Rememorando, la vida se hace larga,
larga, como el hambre del sol.

Sobre las manos buenas y malas,
una *l*, una *u*, una *n*, una *a*,
(l u n a)
huevo de la fortuna.

MÍA

Mientras canto a través del rocío,
te proclamo mía, mía, mía, mía,
con lo mío en todo, mía, mía, mía.

Tremolo tu nombre
como una bandera de besos,
a Dios parecida.

En todo te beso, mía, mía, mía,
y en todo me parlas de amores, mía, mía, mía.

Mi voz se diluye en raíces y en nidos
y en ramos, y en frutos, y en pájaros,
como los arbustos que siembran los Poetas.

Y el eco de bronce y de oro y de plata
repite en el eco del río:
mía, mía, mía,
con lo mío en todo, mía, mía, mía.

Te proclamo reina de los cucubanos,
para que en las palmas de mis manos
me leas historietas como los gitanos.

Mía, mía, mía,
súbete a las palmas de mis manos...

ÁNIMA VESTA

Ambos, como locos, chorreando silencio,
pisamos el alma de la tarde aquella,
que ya se dormía, tendiendo su sueño
sobre el verde armario de aquella vereda.

Junto a nuestros ojos se cayó la noche
y aún a nuestras plantas vi la tarde aquella
cual si fuese un largo responso de carne;
y cuando eran cuentos chinos sus ojeras,
entró aquél, mi beso, como tren de risa,
por el túnel rosa de su boca abierta.

Y hoy la veo, la siento; ¿si será la misma
mujer, me pregunto, de la tarde aquella?
Ha pecado tanto con el pensamiento...
Bagdad esta rota sobre sus ojeras...

¿La ves, alma mía? También es un cuento;
tiene personajes en sus manos bellas
y al verla tan santa dentro del pecado
quisiera pegarle... con una azucena.

SIESTA

Yo soy como una caña
mordida por tus dientes,
una caña de azúcar
suspirosa de amor:
tú me muerdes y endulza mi fatiga
todo el ángel de sueños que hay en mi corazón.

Me aprietas: soy de agua
para tu boca fresca, repleta de canción;
ese horno de milagro
me chupa los recuerdos y me tiñe de flor.

Yo soy como una caña
que termina en un beso,
una caña celeste tras la mano de Dios;
cuantas veces me muerdes, me deshago en ternura,
y al compás de tus pasos la primavera soy.

Yo soy como una caña que apenas sabrá cuándo
morderás su postero cañuto de ilusión:
sólo sé que soy caña, que me pierdo en tus labios
y te dejo en el alma mi profundo licor.

¿Tú no ves que florezco, que mis claras raíces
se entierran en tu carne como dardos de amor
y mis verdes plumones te abanican?
Es que soy una caña de perpetuo dulzor.

Yo soy como una caña
mordida por tus dientes:
desbordante de jugo, borracha de canción,
me imagino que pronto me ha de nacer un hijo
de la carne que tiembla como un rayo de sol.

Abril 29 de 1935.

COPLA DEL HIJO ERRANTE

Agobiado por un asma de neblina,
al fondo del Dolor, despeñado,
como una piedra lanzada a la Noche.

¿Qué monstruo blanqueció tu misterio,
hijo errante, qué monstruo ennegrecido
bendijo el barro de tu llanto sin lágrimas?

Aquel monstruo se ha ido sin historia
y sólo restas tú, con palmos de nunca,
estrangulado en heces de fatiga,
condenado a morir sin nacer a la muerte.

Agobiado por un presentimiento
de piedras preciosas,
atrás en tu camino sin respuesta,
te antojo encanallado de ilusión.
¿Qué importaría la llegada del beso
a los labios malditos por la sombra,
hijo errante, hijo de nadie, libre
como las raíces del cedro,
como el río crecido,
como la sangre viva del sol?

Fueras tú montaña acogedora,
elevada a los espirituales azules,
o esa cosa de pan de amor que las abejas
fabrican con oraciones de rocío...
Tal vez... pero el arado de horas
surca piedades, desenterrando auroras,
y atierra la tristeza con el beso perdido.

Hijo errante, a tus alforjas vacías
todos los caminos pordioseros
alargarán sus manos de hospitales
como los hombres,
y tú, que no heredaste ni la pena
—que no se niega a nadie, ni a los alegres—,
prorrumpirás en signos de presidario loco:
Te preguntarás—¿me han puesto juguetes los reyes?

Desde lejos te sonarán las campanas del cielo,
te saludarán los adioses,
y desde más lejos, hijo errante de todas las veredas,
tu misma sombra contagiará de olvido,
sazonando silencios.

Hijo errante, que no madrugará por la luna,
pero ¡qué muchas felicidades de oro
te depara el olvido, ese ciego de tantos recuerdos!

Tu madre, destrozada de dicha,
por acabar tu herida, te hiere en la altura.
A mí llega el sonido de tu herida,
porque en la altura suena todo de cumbre.

Refloreces de encantamientos,
embrujado de mañana tranquila,
como los niños frente a los espejos.
Serás tú el único que sin haber nacido
hayas probado a Dios en lo desconocido.

Errante, hijo errante de neblina,
cintila por el fondo del Dolor, despeñado
como piedra lanzada a la Noche,
y hasta siempre.

ALTURAS

Hombre, escala todas las alturas de vidrio,
todas las alturas, como la aurora desnuda.

Agárrate al azul de las montañas,
como la enredadera,
con las pupilas vidriosas de alma.

Canta severo en las alturas,
sin reír, que la risomanía
afloja las canciones.

Hombre, pero sonríe de amores grandes,
como las criaturas dormidas.

AIRE ROSA

Te he recordado tanto en aire rosa,
que huele a sándalo mi cuerpo,
y mi canción se ha madurado
como una fruta de sonidos
amortiguados y redendos.

Te he recordado tanto, tanto y tanto,
que no sé si recuerdo,
porque a veces el dulce de amor
que me da como llama tu recuerdo
me humedece los labios
con algo que se palpa en el recuerdo.

Tanto he sentido tu fragancia,
que duermo en el perfume de tu nombre,
y del perfume de tu nombre — rama de sándalo—
extraigo el jugo de ti misma
para tomarlo y ser Dios mismo.

Nunca comprenderás que al recordarte
me voy lanzando al fuego
para que así se queme la odisea
—costra de olvido—
que transcribí a la sombra de un recuerdo.

Y nunca entenderás que al recordarte
tan honda y puramente,
me ha nacido un rayo de sol en la boca
y en la frente me ha dolido una estrella.

CRISTO DEBIÓ TENER UN HIJO

Cristo debió tener un hijo—
Cristo debió tener un hijo
que fuese como él: ciencia florida de manos—
florida de palabras—canción endomingada
en un labio de misa—retoño de incienso—
madera de recuerdos otoñales
en el altar de las miradas, hechas
para no ver cielos largos ni paralíticos.

Cristo debió tener un hijo—
Cristo debió tener un hijo
suave, como los ojos de Marta—su novia divina—
suave como el bordón de San José—roto de borra-
chera—
y suave como yo—fiera latinoamericana.
Un hijo hondo—profundo— trascendente—
que explotase lo mismo que una fruta de truenos
maduros
y sonase lo mismo que un vaso de canción.

Cristo debió tener un hijo—
Cristo debió tener un hijo
verdugo de caricias—matador suave—
para que con martillos de palabras
y azadones mentales, supiera consolar a las mujeres,
arrastrándolas por sus corazones elásticos
y echándoles barro a sus mentiras virginales.

Cristo debió tener un hijo—
Cristo debió tener un hijo triste como él.
Para tener derecho a ser apóstol,
hay que ser hondo—tener un hijo hondo
de lejanías cercanas.
Ser como el árbol que pare cielos
y funda repúblicas de pájaros.

Tener un hijo, aunque sea triste,
en cualquiera mujer:
que dondequiera muere Dios
y en cualquier onda nace un hijo.

—La madurez es bella como la sangre del Dolor:
cuando no se pierde en hojas de música,
otoño es Dios maduro.

Cristo debió tener un hijo—
todavía está en la Cruz—árbol de crimen—
y todos al pasar le dan besos de Judas.

Cristo debió tener un hijo—un hijo
que se robara la Cruz con su cadáver tierno.

TONADA DE DULCE AMOR

La llevo clavada en la carne
como una cuchilla de amor.

De noche, en la sombra de secas pupilas,
estrujo el vendaje y explayo los ojos,
me arranco las hebras de toda sonrisa,
y al pie de la noche invigilo la carne que llora.

Al fondo, rumor de hijo nuevo,
llanto de arroyuelo que salta del polvo
con cara de niño recién nacidito.
Tonada, tonada de sangre que endulza,
que mata, que grita.

Señor, ¿por qué me has herido la carne
con una cuchilla de amor?

La vida se aferra con mano callosa,
las venas, crecidas de insomnio,
parece que trinan despacio y despacio
rumor de hijo verde:
¿algunos cogollos de besos?

Llanto de arroyuelo que salta del polvo
con cara de niño recién nacidito;
¿un niño que llora por mis cicatrices?

Fieras cicatrices que no cicatrizan,
son como costuras que siempre padecen
el santo castigo de amar las heridas.

Señor, ¿por qué es que la llevo clavada en la carne
como una cuchilla de amor?

Graciany Miranda Archilla

Sabemos del portorriqueño Miranda Archilla: que es «intelectual y poeta de vanguardia». «Es el padre del atalayismo en Puerto Rico, movimiento que ha logrado señalar nuevos horizontes a la poesía puertorriqueña».

El caso de Vargas Vila

= De *El Espectador*. Bogotá =

Vargas Vila no fué un escritor colombiano, ni por su filiación literaria, ni por su manera, ni aun siquiera por la inspiración general de sus obras. Pero fué un escritor fundamentalmente hispanoamericano. De ahí que fuera de Colombia hubiera contado siempre con un público innumerable, que devoraba sus libros ansiosamente.

Nada más contradictorio en apariencia que la obra y el temperamento del artista en Vargas Vila. Sentimental, pero sentimental desbordante, en trance perenne de amor, de emoción y de lágrimas, complacíase en predicar el desdén por el sentimiento, la dureza de corazón, el egoísmo y el odio. Su vida toda transcurrió en Europa, y jamás consiguió libertarse de la obsesión americana, de nuestros problemas, de nuestros hombres, de nuestro porvenir. Ningún defecto le enardecía tanto como el tropicalismo hiperbólico y clamante; pero su abundancia, su prodigalidad verbal, su desenfreno, su volubilidad, eran majestuosamente tropicales. De ahí que sus discípulos más aprovechados casi nunca tengan más de treinta años y vivan siempre en las tierras más cálidas de las costas y de los valles. No era un estilista de cordillera ni su pensamiento llegó al grado de concentración que impone el hielo de las sierras. La hipertrofia de su personalidad, que lo divorciaba de las reglas, de las disciplinas y de las opiniones comunes, es igualmente signo de un tropicalismo prolijo y envolvente. Guerra al equilibrio, guerra a la mesura, a la templanza y al matiz, fueron su consigna en la lucha descomunal que vivió afrontando contra enemigos imaginarios.

Conocía nuestro idioma como pocos, y así lo prueba en casi todos sus libros el uso de voces y de giros que no están a la mano de cualquiera, así como la ingeniosidad técnica para deformar o barbarizar otros. Pero el demonio del artificio y de la insinceridad, su tenaz tormento, lo obligaba a escribir una lengua aparte, a darse una sintaxis personal, a hispanizar cuanta palabra extraña se le ponía delante. Sin embargo, nada era suficiente para oscurecer en él ciertos fulgores geniales, ni para despojarle por entero de una como arisca grandeza, que fué su máxima aspiración. Es oportuno colocarle en su puesto. Vargas Vila no merece la admiración alelada ni la imitación servil de que lo hicieron objeto los adolescentes de América; pero tampoco el desprecio macizo y sin atenuantes con que lo abrumaron cuantos se creían dueños de todo el alfabeto. Es un caso aislado, un caso muy curioso y digno de estudio. Si se tiene la paciencia de ir apartando zarzas y malezas, hojarasca romántica, crudezas y violencias ridículas en la expresión, es indiscutible que de Vargas Vila algo queda. ¿Qué? A mi juicio, ese soplo romántico que en nuestras razas no podrá morir. Esa inconformidad, esa rebeldía contra el poder de lo injusto. La predilección por el derecho que no se hará efectivo, por el esclavo que no se emancipará, por la minoría que nunca tendrá beligerancia. No quiero decir que Vargas Vila fué un apóstol militante de las libertades, como lo afirmaba, pero es innegable que sus prosas inflamaron innumerables decisiones al servicio de la justicia. Producía la ilusión apostólica, y eso basta.

Vivió Vargas Vila, por su parte, y debemos creer que murió, en plena ilusión, en plena fantasía. A fuerza de repetirlo, llegó a convencerse de que realmente estaba desterrado de Colombia, de que partidos, iglesias, hombres estaban coaligados para impedirle el regreso, por miedo de que acabara con sus privilegios. Hablaba infatigablemente de la teocracia colombiana dándole los caracteres lúgubres con que la pintan ciertos publicistas de Venezuela; vivía convencido de que los inofensivos gobiernos de la decadencia conservadora tenían a sus adversarios en la ergástula y en el calabozo, cargados de cadenas, ayunando a pan y agua; de que les confiscaban sus bienes; irrespetaban sustantivamente a las señoras de su familia y cazaban como venados a los que, en el secreto, siempre violado, de la confesión, habían dejado traslucir la más leve discrepencia con el régimen. Por lo demás, su vocación de vapuleador de tiranos lo llevaba lejos de nuestras fronteras, como era lógico, puesto que nunca los tuvimos ni los tendremos. No recuerdo en este momento ningún país del sur, del centro ni del norte de América, cuyos magistrados no hayan sido alguna vez puestos en la picota por el implacable panfletista.

Evidentemente, las estridencias de aquella campaña sin tregua no le aportarán nada a la historia de América, de lo cual hemos de felicitarnos. Pero también es evidente que Vargas Vila escribió en ese género sus mejores páginas. Páginas que parecen caldeadas por el fuego de una indignación inmortal y trágica. De una indignación que arranca al hombre de las tímidas y balbuceantes querellas cotidianas, para lanzarlo como un meteoro ígneo hacia los horizontes que se van iluminando y dilatando a su paso. No hay que olvidar, además, y eso le da su fisonomía indeleblemente indoamericana a la obra de Vargas Vila, que sus truculentas fantasías y los cuadros apocalípticos de sus catilinarias, están compuestos a base de recuerdos auténticos, de rasgos verdaderos y de un criollismo admirablemente coloreado, tanto en la mecánica atormentada de las luchas civiles, como en el paisaje que las enmarca. Hace largos años que no leo nada de Vargas Vila, pero tengo el recuerdo preciso de sus

(Pasa a la página 237)



Vargas Vila (*Hacia 1924*)

Francisco Contreras y Vargas Vila

= *Colaboración* =

Acaban de morir en Europa estos dos escritores. Alejados de sus respectivos países, aumentaron por muchos años el interés de los europeos por nuestra literatura hispanoamericana. Desterrados voluntarios, tuvieron el valor de resistir ese destierro y de morir en esa ausencia sin volver a los brazos maternales de la patria. Menos felices que Rubén Darío, que vino a rendir su último suspiro en tierra nicaragüense, y que Nervo, cuyos restos reposan hoy en suelo mexicano, Contreras y Vargas Vila no vieron en su última hora rostros amados de la niñez, paisajes de la infancia.

Francisco Contreras fué un renovador dentro de la poesía chilena. Entre los poetas de principios de siglo ocupa uno de los lugares más altos porque poseía una cultura literaria más intensa y un gusto artístico superior. Siguiendo muy cerca a Rubén Darío, Francisco Contreras se convierte pronto en el primer modernista de Chile, entendiéndose por modernismo la elegancia de la forma, el exotismo de los temas y el cosmopolitismo intelectual. En sus libros **Esmaltines, Raúl** y **Toisón**, hay heráldicas decoraciones, piedras preciosas, puñales de oriente, príncipes y encantamientos, música de Verlaine y satanismo baudeleriano. Todo lo cual indicaba que Contreras era ya el poeta descepado, europeizante, antítesis del poeta nacionalista a la manera de Pezoa Velis. Después parte a París y por veinte años se ocupa periódicamente de letras hispanoamericanas en el **Mercure de France**. Vuelve una vez a Chile y ante la indiferencia de sus conciudadanos publica su hermosa obra **Luna de la patria**, que comienza:

> Luna de la Patria, luna
> única, lánguida, grata,
> cuya luz bendita es una
> polvareda azul de plata...

Y como la Patria es tornadiza e ingrata, Contreras vuelve otra vez a Francia, a continuar su labor desinteresada, y escribe en francés libros de crítica, **Les écrivains contemporains de l'Amerique espagnole**, novelas,

(Pasa a la página 239)

Notas sobre Alfonso Reyes

= Colaboración =

Es difícil la tarea del bibliógrafo que se inclina con ánimo de estudio sobre la intensa obra literaria que ha desarrollado Alfonso Reyes. Cubre veinte años en el tiempo y se compone de muchos más títulos, donde se hallan todos los géneros literarios y las formas de prosa y de verso. Predomina ciertamente el ensayo, crítico y reducido a libros unas veces, más amplio y general otras, hasta lindar en lo que el inglés llama "criticism of life" y en la filosofía. Comienza como escritor de ideas con su volumen de "Cuestiones estéticas", y en estos días, desde su retiro de Río de Janeiro, se complace en una prosa pura, macerada pero sensual, donde hay menos ideas pero donde subsisten granos de mostaza y aliños fragantes. Pocos jóvenes americanos han iniciado su carrera literaria bajo tan elegante signo como el que preside las "Cuestiones estéticas". Al prologar este libro, en 1911, decía Francisco García Calderón: "Sólo el entusiasmo traduce en este libro su edad. No son dones de toda juventud su madurez erudita y su crítica penetrante". Alfonso Reyes llevó a este libro algunas de las lecturas que hiciera en simposio con los miembros del Ateneo de la Juventud, que señaló en la literatura mexicana el advenimiento a la vida pública de una generación que ha producido obras de la mayor importancia. Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto fueron, junto a Reyes, los promotores de una actividad intelectual que iba a renovar sustancialmente la literatura de México y de algunos otros países de la cuenca del Mar Caribe. Los temas de las "Cuestiones" indican el género de los amores espirituales de esos hombres. Les interesan el teatro griego, la estética de Góngora y de Goethe, la poesía y el sistema literario todo de Mallarmé, el teatro de Bernard Shaw. Ya en ese tiempo un poco remoto vemos a Reyes vinculado vivamente a los problemas de la estética. Los tres diálogos que sobre ella aparecen en las "Cuestiones", son páginas cardinales, que no tienen muchos paralelos en la literatura americana. Hay en ellos atisbos sorprendentes. "La expresión literaria—dice—forma también parte de la vida y es como una compensación". (Página 233). Júzguese de la continuidad, inaparente por lo demás, de la obra de nuestro autor al ver que una sugerencia parecida se halla seis años más tarde en "El Suicida": "Entonces no queda más refugio que el arte inventivo: el teatro y la novela, en que el autor realiza todas las posibilidades de ser que en la vida no le ha sido dable desarrollar" (Pág. 65). También vemos ya al autor ocupado en Góngora, sobre el cual avanza interesantes opiniones críticas. Más tarde, trasladado a España, le va a ser posible a Reyes trabajar en forma erudita sobre Góngora, y el testimonio de sus exploraciones se halla en sus "Cuestiones gongorinas", publicadas en la ocasión del centenario del poeta cordobés, en 1927.

No nos asuste, por lo demás, verle curvado sobre viejos libros, restituyendo textos discutidos y poniendo en limpio papeletas bibliográficas. Reyes se consagró durante varios años, en Madrid, a ese género de trabajo, bajo la dirección del benemérito don Ramón Menéndez Pidal. Sus estudios publicados en la "Revue Hispanique", en la "Revista de Filología Española" y en el "Boletín de la Real Academia" vieron la luz entre 1915 y 1919. Por el mismo tiempo salieron a luz tales y cuales tomos de Quevedo, Ruiz de Alarcón, Arcipreste de Hita, Lope de Vega y Gracián, prologados y anotados por Reyes (1). También de ese ciclo erudito son su versión prosificada y modernizada del Poema del Cid (2), generoso intento para poner el venerable monumento de la poesía castellana en contacto con las gentes presurosas de nuestros días, y una pulcra edición del "Polifemo" de Góngora, que lanzó la revista "Indice", dirigida por Reyes y por Juan Ramón Jiménez. Estas labores disciplinaron su espíritu y le pusieron en contacto directo con la mejor literatura española de todos los tiempos. En el prólogo de las "Cuestiones gongorinas" hizo el elogio de su trabajo y del de sus compañeros eruditos, al hablar de "la tarea humilde y paciente del erudito, tan semejante al trabajo de la hormiga y tan necesitada de cristianas virtudes" (pág. 6). Concepto que completó y reafirmó en el mismo libro al exclamar: "Agradeceré que se me complete y rectifique: todo lo sabemos entre todos" (pág. 137). Huelga tal vez decir que es ésta la actitud propia del buen erudito. La soberbia no tiene cabida en una actividad en que todas las rectificaciones convergen al mismo fin que se propuso el investigador. Los resultados de una pesquisa no pueden ser jamás perfectos, y es de la concurrencia de otros investigadores al mismo fin, de donde habrá de obtenerse como término la versión correcta, la totalidad de los aspectos de la verdad, por decirlo así.

Mas la presencia de Reyes en los trabajos de erudición no debe ser considerada como una pausa en su trayectoria de creador. Precisamente, cuando estaba más interesado en sus investigaciones y cuando editaba textos antiguos con notas nuevas, apareció su libro de ensayos "El Suicida", que vió la luz en Madrid en 1917; en América las prensas trabajaban también para él: el mismo año salen sus "Cartones de Madrid",

(1) Publicados por la Editorial Calleja de Madrid.

(2) Publicado por Calpe de Madrid (hoy Espasa-Calpe).



Alfonso Reyes

Visto por *Maribona*

Una hora con Alfonso Reyes

= De *El Mercurio*. Santiago de Chile =

Imaginad un hombre chiquito, levemente grueso, que no pocas veces se ha calumniado a sí mismo llamándose gordo. Imaginad además que tiene manos chicas y pies chicos, cabeza grande, frente ensanchada por la calvicie que comienza; pelo rubio; breve bigote, como pincelada de "crayon" en el labio; ojos vivos, soñadores, encerrados en unos párpados pesados. La cara es algo mofletuda, y bajo el mentón se adiciona un nuevo mentón de carne. La vida diplomática y la sedentaridad del escritor lo han redondeado extraordinariamente. Sus gestos son vivos, afectuosos. Mira con simpatía y habla con cordialidad. Parece empeñado en suprimir la distancia que media entre los interlocutores. Quiere ser un amigo, y lo consigue con facilidad sorprendente. Su lenguaje es claro, pintoresco. Habla con soltura de buen tono, como aleccionado por muchos años de vida diplomática. Pero no habla al desgaire: habla "con estilo". Salpica su conversación de metáforas, introduce anécdotas, hace dialogar a sus personajes. Todo esto en tono medido, sometido a una pauta de buena compañía. No es, no podría ser un Fierabrás de la literatura. De pronto se incorpora del sillón y da algunos pasos. Pisa con elegancia masculina. Menudo y gordezuelo, es viril. Fuma con frecuencia cigarrillos que extrae de una pitillera. No usa joyas. Sólo en el dedo anular de la mano izquierda, junto al anillo de casado, otro también de oro. Viste gene-

(Pasa a la página 235)

en México, y su "Visión de Anáhuac" en San José de Costa Rica (3). Son libros de diferente contextura literaria. En 1924, al escribir sobre sus propias obras, ponía Reyes "El Suicida" entre sus libros preferidos; el otro es "El plano oblicuo", un sabroso conjunto de cuentos y de diálogos que apareció en 1920. "El Suicida" contiene páginas maestras de gracia inteligente y de finura; como estilo, es acaso la más excelente de las obras de su autor, y en ella debe verse también una de las más ricas colecciones de ideas y de sugerencias literarias y morales que se han amparado en su firma. Ensayos como el que da nombre al libro, como el que trata de la sonrisa, como "El criticón", no se escriben sino cuando el autor, armado de todas armas, puede hacer acudir en su auxilio las luces de la cultura, la gracia helénica de la "sofrosine", el penetrante humorismo de los ingleses y también—¿por qué no?—un poco de la chispeante naturaleza americana, la cual se traiciona en la voluta de la frase, en el giro sabroso y sensual de la expresión. Es un libro todo sonriente, seductor por eso mismo, que nos muestra una vida que no es la de todos los días, precisamente la vida del arte. Lo cruzan llamadas de la antigüedad, leves rumores de florestas de la Hélade, y lo transen, de cuando en cuando, las más ricas inquietudes metafísicas. Dados a la estampa en el mismo año, "Cartones de Madrid" y "Visión de Anáhuac" son muy diferentes. En efecto, se trata de dos libros de sensaciones puras, cuyo contenido emocional es de suma intrascendencia. Los cartones de Madrid son estampas literarias de tipos y paisajes madrileños, tratados con una gracia sutil en la cual el bello estilo, la lengua sabrosa y fresca hacen la fuerza. El autor pasea por las calles de Madrid, se asoma a sus paseos y templos, y en los cuadros de Goya o en los esbozos literarios de Quevedo encuentra modelos a los cuales habrá de sujetar el paso. No ciertamente para construir un libro de mera divagación sobre temas librescos, sino para elaborar por su cuenta la esencia de un Madrid moderno. En "Visión de Anáhuac" nos hallamos, como gusta decir el propio autor, en la región más transparente del aire. Este breve libro produce alternativamente la impresión de ser un vasto fresco de la primitiva vida mejicana, en los días primeros de la conquista española, y también la de ser un relicario de miniaturas. Escrito con levedad plausible, goza de todas las ventajas inherentes a un bello estilo. Claro, rítmico, armonioso, pocos libros del autor revela más claramente que éste la aptitud que descansa en Reyes para manejar la lengua. No es uno de esos escritores gallardos y tempestuosos, que hacen sonar con la trompetería de sus voces el aire quieto de los escritores; al revés, es un poeta de tono menor, tan fino en su evocación vertida en prosa como lo fuera Amado Nervo, su compatriota, en sus páginas de verso. Son libros ambos escritos de espaldas a la erudición, aunque por un escritor muy erudito y consciente de sus recursos, y cuya mano ágil sabe llevar al papel impresiones dignas de la literatura, en una forma sutil y elegante.

(3) De este libro, uno de los más hermosos de su autor, se hizo una segunda edición en Madrid, que vió la luz en 1923 como primer tomo de la biblioteca de la revista «Indice».

De parecida levedad, como un red de sueños, está cubierta la prosa de "Retratos reales e imaginarios", que apareció en México en 1920. Se trata de un conjunto de ensayos de amena erudición sobre figuras antiguas de Europa y América, a saber: Nebrija, Vespucio, Fray Servando Teresa de Mier, Felipe IV, Napoleón, Garcilaso, etc. Procesión de viejas y venerables sombras que han venido en momentos diferentes a cobijarse junto al prosista para exigir de él la oblación de unas cuantas páginas. Procesión que llega hasta el lector de hoy envuelta en el incienso emotivo de los recuerdos. En el mismo año se publicó en Madrid una de las mejores obras del autor, "El plano oblicuo", que por sí sola exigiría un tratado detenido. Es un conjunto de cuentos y de diálogos, según la clasificación más fácil; pero hay algo debajo de este libro, algo difícil de definir, que logra interesar aguda y duraderamente al lector. De mí sé decir que su lectura me dejó una emoción imborrable. Hay en él un cuento, "La Cena", que me parece una de las obras maestras de la literatura americana de todos los tiempos. Es una narración onírica, acaso la que mejor justifica el título de "plano oblicuo" aplicado a toda la colección. Por el ámbito de esa pesadilla se deslizan sombras, se escuchan sones de reloj, se cuelan dardos de luz, se atraviesan zonas de sombra y se escuchan fragmentos de conversaciones que nada dicen pero que sugieren mucho. La virtud sugeridora de la prosa de Reyes, que es una de sus mejores virtudes, está aquí reflejada de mano maestra y llega a subyugar todas las demás emociones que la lectura suscita.

Después de estos libros ingrávidos, que parecen flotar en el aire, como globos de colores, como pompas de jabón fabricadas por un niño ambicioso, llegamos al período de los libros "librescos", entre los cuales se enfilan notablemente "El cazador" y "Simpatías y diferencias". Tanto el primero como las dos primeras series de estas últimas aparecieron en Madrid en 1921 y señalan la vuelta de Reyes al terreno de la crítica literaria en que lo viéramos moverse con seguro dominio al publicar, diez años antes, las "Cuestiones estéticas". "Simpatías y diferencias" es un arsenal de ricas sugerencias artísticas, en el cual, so capa de hablar de libros recientes, el autor va mostrando las gavetas de su bien provisto archivo, todos los secretos que ha ido atesorando a lo largo de varios años de profesión literaria, el fervor del escritor, el amor del erudito por los datos exactos, la delectación del estético ante los fenómenos artísticos. Una tercera serie de "Simpatías y diferencias" salió en 1922; la cuarta pasó a tener un título particular, "Los dos caminos" (1923), y la quinta se llamó también "Reloj de sol" (1926). Es acaso en estos cinco volúmenes donde está contenida la obra con que Reyes va a pasar a la posteridad como un gran crítico literario. Seguramente, porque es muy joven todavía, podrá agregar muchos nuevos títulos a la lista de sus obras, y también es seguro que entre ellos, más de uno será de crítica literaria; su doctrina crítica está, sin embargo, traducida en "Simpatías y diferencias", tanto en lo teorético como en lo práctico. Cuando hace destacar la analogía que existe entre el procedimiento civil de enjuiciamiento y el juicio literario, por ejemplo, concluye diciendo: "La entrevista—la *interview*—debiera preceder al juicio". (T. II, pág. 20). Frase muy propia en quien ha practicado toda su vida la cordialidad y que se entrega con fruición sensual a los dones de la convivencia; en quien tiene amigos en todas las latitudes y ama convocarlos, en asamblea de sombras, junto a su escritorio, cuando reparte un nuevo libro o les dedica frases alusivas y discretas en las márgenes de sus revistas. Hay estudios de estas "Simpatías y diferencias" a los cuales no se les ha dado todavía, a mi modo de ver, el valor que tienen. El ensayo sobre Valle Inclán es sobresaliente, y el estudio sobre Gómez de la Serna sigue siendo, a pesar de lo mucho que existe sobre este autor, lo mejor que en torno a él se ha escrito (T. III). Lo mismo cabe decir respecto del ensayo sobre el cine, que se adelanta a sus días. De él (T. III) desprendamos unas frases luminosas que habrán de servirnos para meditar largamente: "El arte es lo que la naturaleza nunca será, y la naturaleza es lo que el arte nunca será. (Esto, prescindiendo de que el arte sea una parte, en sí, de la naturaleza, que no tiene por qué imitar necesariamente la otra parte, aunque se le parezca en el aire de familia)" (Pág. 196). El mismo autor ha llamado librescas a estas series, porque la mayoría de sus páginas han nacido de la lectura de libros, o por lo menos en la publicación de nuevos libros han encontrado un pretexto

eficaz para ver la luz. Pero no dejemos flotar en el aire la sospecha de que se trata efectivamente de obras librescas, en todo lo que este adjetivo tiene de ambiguo y desagradable. Es un libro vivo, un libro fluente, que ha surgido como el fruto de largas vigilias, de constante frecuentación del arte, y en sus risueños meandros, en sus rincones sombríos, que también los tiene, viene a sorprenderse a menudo el sosegado latir de un corazón. Es un libro de aquellos que acaso leamos a la ligera, para mejor informarnos, para obtener lecciones objetivas claras y accesibles, pero como disponen de una vida profunda, que a la ligera no habremos visto, terminará por acompañarnos largamente y por hacérsenos presente, cuando lo creamos olvidado, al cabo de los años. ¿No ha sido éste siempre el atributo de los mejores libros?

Si volvemos a tomar el orden cronológico que hemos adoptado para eslabonar estas dispersas notas, encontraremos las poesías que con el nombre general de "Huellas" publicó Reyes en Méjico y en 1922. Pero debemos hacer una aclaración. No vamos a tocar la poesía del autor, no porque la despreciemos, ciertamente, sino porque queremos dejar su estudio a quienes se sientan mejor preparados que nosotros para tal género de crítica. Dos años más tarde, en Madrid, vió la luz "Ifigenia cruel", obra dramática que también está vertida en verso. No será inoportuno anotar que Reyes ha publicado otros dos libros poéticos, "Pausa", París, 1926, y "Romances del Río de Enero", que ha sido impreso en Maestricht (Holanda) en 1933.

"Calendario", breve volumen nacido en Madrid en 1924, es, como lo indica su nombre, una serie de hojitas trazadas al hilo de la vida cotidiana; son apuntes sobre libros, son parábolas, pequeños poemas en prosa, generalmente humorísticos, atisbos críticos, recuerdos, etc. Tres años más tarde, en 1927, apareció el volumen de "Cuestiones gongorinas" a que nos hemos referido más atrás. Y ya en Río de Janeiro, a donde lo ha llevado la diplomacia, el autor publicó en 1930 su "Testimonio de Juan Peña", que había sido escrito en 1923 y en Madrid. Este breve tratado encierra mucho interés autobiográfico. Hay en él, en efecto, alusiones a la juventud del autor: "Los muchachos de mi generación éramos—digamos—desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores". Este libro encierra pinceladas de ambiente sobre la época porfiriana inmediatamente anterior a la revolución, y al finalizar parece abrir la huella para seguir explorando la terrible convulsión que trastornó la vida de México. "¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana—se pregunta el autor—no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Jicotencatl. ¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pezuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!" Tanto esta nota precisa como el relato mismo, en el cual aparecen rostros cobrizos de indios mal vestidos y hambrientos, preparan la revolución. No necesita el autor más que percutir levemente en el espíritu, con unas pocas páginas, para que la tragedia mexicana no sólo surja de pronto, con todo su relieve, sino también para que nos demos cuenta de cuál ha sido su fundamento y cuál su trayectoria.

La obra de Reyes está en marcha. No hemos querido introducir en estas páginas alusión alguna a sus trabajos más recientes, entre los cuales hay por cierto páginas maestras como las de su "Discurso por Virgilio". Cada ensayo de los que ahora fluyen de su pluma, lo estampa Reyes separadamente, en libros y folletos de tirada corta, que corren por el mundo como uno de los tantos mensajes que el autor manda a sus amigos lejanos. A la misma inclinación cordial de su ánimo responde la publicación de su correo literario "Monterrey", que Reyes lanza desde Río de Janeiro. Este periódico de pocas páginas no tiene contraída otra obligación para con el autor y sus lectores que ser la tarjeta de visita que Reyes envía cada cierto tiempo a sus compañeros de letras de otros países. En "Monterrey" cabe todo, desde la carta personal de cuatro líneas hasta el ensayo completo y decisivo o el poema perfecto y bien granado, pasando por las notas bibliográficas, la cita de alguna frase bella encontrada en un libro, la referencia al trabajo de un compañero y, sobre todo, la lista puntual y precisa de los libros que acuden, desde veinte países, a la mesa del escritor. Si combinamos esta actividad de correo con otras muestras dispersas en la obra anterior de Reyes, vendremos a comprender claramente qué importancia concede él en la vida a la amistad. La clave de su conducta la encontraremos en una frase de "Reloj de sol": "...siempre estoy queriendo comunicar y cambiar ideas con los demás, y como no tengo ocasión de hablarlo todo, escribo lo que se me va acumulando" (página 150). Es él un hombre que ha nacido para el corro de la amistad, que no estará tranquilo mientras haya un hombre culto con el cual no tenga una relación directa y personal. Mientras lo puede, dialogará con él a la sombra de los plátanos, como los fieles de la Academia platónica, y cuando la distancia lo aleje, seguirá cambiando ideas con el feliz concurso de la posta y del telégrafo. Y no es vano recordar en este caso aquella sombra venerable, porque lo primero que se pregunta el que se inclina sobre la obra de Reyes es: ¿qué ha hecho de este mexicano un ateniense? Tal vez la suprema inteligencia, una inteligencia que disocia y reconstruye, como hace el prisma con la luz, una inteligencia que analiza y que sintentiza a intervalos armónicos. Leamos alguno de sus ensayos mejores, y veremos al autor disgregar en las manos, como papilla vulnerable, todo género de conceptos; pero pasemos en seguida la vista por otro de sus libros, y nos hará sonreír con deleite verle entregado al juego placentero. Ha reconstruído lo que analizara, y ahora goza con su hallazgo del mismo modo que un niño con una copa de cristal. Prendida a la obra de Reyes está, como la gota de lluvia en el pétalo de la flor, la sonrisa de la inteligencia.

Raúl Silva Castro

Una hora con Alfonso Reyes...

(Viene de la página 233)

ralmente de oscuro. Sonríe con amabilidad. Todo él parece haber nacido para servir de lazo a hombres dispersos. La misma mano que ha escrito "Cuestiones estéticas", "Simpatías y diferencias", "El testimonio de Juan Peña", es la que redacta una correspondencia que cruza el mundo. Es, insisto en ello, una mano gorda, redonda, calurosa, que aprieta suave pero cariñosamente a la de sus amigos. Tal es, en lo físico, nuestro compañero de esta hora.

Escritores y hombres

—Muchas veces me ha interesado saber cómo consigue usted tiempo disponible para atender su correspondescia literaria, que debe ser enorme. Usted contesta todas las cartas, reparte todos sus libros e incluso pone con su propia mano la dirección a los sobres...

—Sí, señor, exactamente. Yo hago todo eso. Pero no crea usted que es ese un tiempo perdido; ese es precisamente el tiempo ganado, el que empleo mejor, porque es el que me permite estar en contacto con mis amigos, a muchos de los cuales no he visto jamás la cara, pero de los cuales tengo yo testimonios frecuentes. Mi correspondencia me da ciertamente mucho que hacer; imagínese usted que hace poco, ampliada ya hasta lo extravagante, ha llegado a hacerme relaciones con poetas de la Rusia Blanca, y que he recibido cartas de los malgachos, quienes me han enviado fotografías en que aparecen con sus mujeres y sus hijos, en sus tiendas. Pero insisto: esa es mi sociedad, esos son mis amigos, ese tiempo que yo empleo en mi correspondencia es el que gasto con más agrado. La vida diplomática crea en el hombre cierta soledad, la cual se acrecienta en el trópico. La amabilidad de los brasileños es tanta y tan exquisita, que sabe dejarle a uno solo consigo mismo en el momento oportuno. Son, como usted sabe, los hombres más finos del mundo, pero por eso mismo se evaden, se escurren después de haber hecho una reverencia y cumplido con su deber de cortesía. Yo, que no puedo quedarme con nada adentro, les he preguntado a qué se debe esta singularidad de su carácter.

Uno de ellos me dijo que acostumbrados a vivir en grandes casas de campo, en medio del lujo y de las comodidades, y rodeados

de esclavos, habían llegado a tener una vida social de contactos fugaces, que deja entre ellos grandes zonas de silencio. Pues bien, son esas zonas de silencio las que yo aprovecho, y cuando me siento en mi mesa a poner en orden mi correspondencia, a enviar libros a mis amigos de todo el mundo me rodeo de ustedes, de todos los que saben algo de mí y es entonces cuando yo vivo realmente satisfecho. Creo más. Creo que el escritor americano debe hacer así. Los escritores americanos son una unidad perfecta de vida y de obra; no basta con leerlos porque en su vida hay generalmente tanto interés como en sus libros. Ese desencanto que producen generalmente los escritores de otras razas no se halla en el trato de los escritores americanos. He conocido escritores de tal categoría que no decían nada, no se entregaban en la conversación, no porque careciera de imaginación ni porque les fuese difícil hablar con gracia, sino porque no querían prodigar sus ideas. Hay quienes llevan una libreta en el bolsillo, y en cuanto se les ocurre algo curioso, lo anotan. Pues bien, esta psicología de ama de llaves no la tiene el escritor americano. Al establecer contacto con el escritor como hombre, lo que he perseguido yo, pues, ha sido no olvidar algo de lo mejor que tienen nuestros compañeros de pluma.

—¿Ha conocido usted a algunos escritores chilenos?

—Ciertamente. Hoy mismo estuvo Pedro Prado, cuya visita he agradecido mucho porque ha estado enfermo, y hoy apenas se halla convaleciente. ¡Qué agradable conversación he tenido con él! No quiero hacer una frase, pero si usted me deja le diré que hay en Prado la riqueza de un fuego alimentado con miel. He recibido también muchas otras visitas y me he encontrado muchas tarjetas. No me he creído obligado a responderlas protocolarmente porque no me considero diplomático en mi viaje a Chile. He venido a conocer hombres, a conocer sobre todo a los escritores, y para ello es preciso olvidar la diplomacia, en la cual la quisquillosidad es una enfermedad profesional.

Y a propósito de Prado, déjeme contarle una anécdota que es muy curiosa. Cuando publicó Pedro Prado en compañía con mi compatriota Antonio Castro Leal los famosos poemitas de "Karez-I-Roshan", yo me hallaba en Madrid y editaba junto a Juan Ramón Jiménez la revista "Indice". A Jiménez los poemas del poeta afgano le parecieron muy lindos, y decidió publicar algunos en el próximo número de la revista. "Juan Ramón,—le dije yo—no sé por qué me parece que bajo estos poemas hay bichito. Esperemos mejor". Y así fué: había bichito...

Libros y diplomacia

—¿Proyectos? ¿Nuevos libros? ¿Viajes?

—Oh, muchos y ninguno en especial. Reunir algunos de mis ensayos dispersos, en algún volumen.

—¿Una nueva serie de "Simpatías y diferencias" acaso?

—No lo sé todavía, tal vez no. Los trabajos que ahora reuniría son menos librescos que aquéllos. Me interesa sobre todo el "Discurso por Virgilio", que se publicó en la revista "Contemporáneos" y del cual se hizo una corta tirada aparte.

—¿Cuánto tiempo que no va usted por Méjico?

—Siete años. En diciembre del año pasado tuve mis maletas listas para partir, y a última hora un inconveniente imprevisto suspendió indefinidamente mi viaje.

—¿Alguna misión diplomática especial?

—¿El motivo de mi viaje a Chile? No, en modo alguno. Es cierto que mi Ministro de Relaciones, el señor Puig y Casauranc, me pide datos e informaciones, pero todo esto entra en el rodaje corriente de la carrera. Ayer tuve el placer de conocer al señor Cruchaga. Es un caballero gentil y sencillo, que encanta por su simpatía y por su cultura. Nosotros los mejicanos le debemos mucho

Vida en España

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en España?

—Diez años, repartidos en dos porciones iguales de cinco años cada una. La primera vez, sin cargo oficial, y reincorporado a la diplomacia la segunda. En el primer período trabajé intensamente en el Centro de Estudios Históricos, bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal. Fué ese el tiempo en que se publicaron mis ediciones de Quevedo, de Gracián y de Lope y mi versión prosificada del Poema del Cid. Algunos de mis trabajos de ese tiempo han quedado en las páginas de la "Revista de Filología Española".

—¿No piensa usted recopilarlos?

—Varias veces he intentado hacerlo, pero mi maestro Menéndez Pidal me lo ha impedido. Lo que sí me autorizó fué la publicación de "Cuestiones gongorinas", libro que usted debe conocer.

—Ciertamente; se publicó con ocasión del centenario de Góngora.

—Lo que me agradaría recoger de la "Revista" es un trabajillo que hice en 1917, sobre las fuentes del monólogo de Segismundo en "La vida es sueño", de Calderón de la Barca. Es un trabajo que me ocupó bastante tiempo; cerca de un año. Creo haber llegado a precisar algunas cosas de interés. El origen del monólogo puede fijarse en una página de Plinio, en la cual hay frases que con un leve retoque en la expresión se convertirían en los versos del monólogo de todos conocido.

—¿Escribió usted también en la revista "España"?

—Sí, tuve la suerte de ser allí amigo y compañero de casi todos los políticos y diplomáticos de hoy, que entonces hacían vida literaria activa. Al señor Azaña le conocí en ese tiempo. Cuando se inició la publicación de una serie de minúsculos "Cuadernos literarios", se le solicitó un capítulo de su obra inédita sobre don Juan Valera, y proporcionó el que estudia la "Pepita Jiménez". Yo recuerdo que en ese tiempo Azaña vivía muy ignorado, injustamente por cierto; don Francisco A. de Icaza, mi compatriota, fué precisamente quien me dijo un día: "¿Se ha fijado usted en Azaña? Es un hombre que promete. Trátele usted; ya verá".

—Azaña es autor de un importante estudio sobre don Juan Valera que no ha publicado nunca; sólo algunos fragmentos de él han visto la luz. ¿Sabe usted a qué se debe eso?

—Pues, verá usted. Azaña escribió su libro sobre la base de la documentación existente sobre don Juan Valera, y ciertamente hizo una obra magnífica, pero partió de un error de hecho. Consideró a Valera como novelista, como autor de discursos, como crítico literario, y más tarde se ha venido a descubrir que Valera no era nada de todo esto... Valera era un excelente escritor de cartas. Su familia posee armarios y armarios llenos de cartas que no han visto jamás la luz. No se trata de esas cartas marginales que escribe uno de prisa y corriendo, en este tiempo en que ya nadie sabe escribir cartas. Se trata de cartas extensas, eruditas, sabrosas, llenas de anécdotas picantes y de referencias divertidas. Créame usted: Petronio no sabía contar con tanta gracia como don Juan Valera ciertos detalles de la vida humana... Y es esto lo que ha dejado el libro de Azaña inédito. Esperaba rehacerlo, y después vino la República y le ha absorbido.

—Por esos años publicó usted, en compañía de Juan Ramón Jiménez, la revista "Indice".

—Exactamente; fué la primera de su nombre en España. Se publicó con toda la pulcritud tipográfica a que está acostumbrado Juan Ramón Jiménez. En ella se insertaba, cada número, una hojita volante, en papel de color, que llevaba un dibujo alusivo y una leyenda especial: "El lorito verde", "La Rosa de papel"... Pues bien, en una de éstas insertamos Díez Canedo y yo un poema de sabor y de corte medioeval, "Diálogo de don Vino y de doña Cerevicia" (cerveza). La mistificación más sabrosa de esos días fué la invención de unas cartas cambiadas entre Góngora y el Greco. De esta problemática amistad no se conoce más que el soneto dirigido por el primero al segundo; pues bien, nosotros inventamos unas cuantas cartas, en las cuales por cierto el Greco anticipaba el cubismo y Góngora no hacía otra cosa que anunciar el ultraísmo. Claro está, las cartas vertidas en una prosa que trataba de ser la misma del siglo XVII. Pocos días después de publicada la revista, recibimos una carta de don Julio Cejador y Frauca, aquel erudito tan conocido. En ella se decía a la dirección de la revista, más o menos lo siguiente: "Han sido ustedes sorprendidos. Las cartas que aparecen en la revista no pueden ser de Góngora y del Greco, porque en ellas aparecen algunas palabras que no se usaban en el siglo XVII. En efecto, las palabras..." Y seguía un erudito análisis que demostraba que la dirección de la revista había sido sorprendida... Por cierto, la carta se publicó en el otro número, sin otro comentario que el siguiente: "La Dirección no puede responder de la autenticidad de las cartas del Greco y de Góngora a que alude el señor Cejador. De lo que responde es de la autenticidad de la carta de este caballero".

Pero en materia de mistificaciones literarias, la más divertida es la que hacíamos Díez Canedo y yo en la revista "España". En la sección bibliográfica de este periódico salían, todos los números, sumarios de una enigmática revista, titulada "La hojilla filológica",

que nadie conocía, por cierto, por la sencilla razón de que no existía. Mi compatriota don Francisco A. de Icaza estaba en malas relaciones literarias con la Condesa de Pardo Bazón. Pues bien, en uno de esos números de "La Hojilla" se anunciaba un artículo de Icaza sobre un tema que todos presumían sabrosísimo: "La Condesa de Pardo Bazán" y "La tía fingida". Muchas personas buscaban "La hojilla" en las librerías y hasta dirigían cartas a "España" para pedir datos sobre el periódico que habíamos inventado en un momento de buen humor.

Henríquez Ureña y los días alcioneos

—De sus tiempos de juventud, de aquellos que llamó usted hace tiempo los "días alcioneos", ¿qué figuras recuerda usted con mayor precisión?

—Sin lugar a dudas la de Pedro Henríquez Ureña, que me ha anunciado ya su regreso a la República Argentina. Es hijo, como usted debe saber, de don Federico Henríquez Carvajal, que ha sido Presidente de la República Dominicana, y de doña Salomé Ureña, aquella poetisa a quien elogió Menéndez y Pelayo. Ha estado Henríquez Ureña últimamente como Superintendente General de Educación de su patria, pero parece que no ha podido seguir allí debido sobre todo a las malas condiciones económicas del país. Era muy joven cuando se trasladó a Veracruz, y desde entonces data mi amistad con él. Dentro de la crítica literaria, en la cual la genialidad escasea tanto, no creo yo que haya en América nadie que la alcanzara tantas veces como Henríquez Ureña. Tiene todo lo del genio, las desigualdades, los arrebatos. Es hombre de tal índole que si de noche, insomne, coge un libro y encuentra en él una frase bella, es posible que corra a la casa de un amigo para hacerle partícipe del hallazgo, así sean las dos o las cuatro de la mañana. Se entrega a los demás. Y esta generosidad la ha tenido siempre, tanto en los días, ya remotos, de nuestro "Atento de la Juventud", como más tarde.

—Julio Torri, Vasconcelos, Antonio Caso...

—Todos ellos vinculados igualmente a mis recuerdos. Torri es mi contemporáneo estricto, hombre de gran talento, de sin igual agudeza, que no ha dado desgraciadamente todo lo que de él se esperaba. Vasconcelos vive actualmente en una ciudad pequeñita de Asturias, en España; acaba de publicar un nuevo libro de recopilación de sus crónicas periodísticas. Pero lo más importante que se debe esperar de él son sus estudios filosóficos. Sé que tiene listos dos volúmenes, uno de Metafísica y otro de Etica. Caso es otro de los buenos compañeros de esos años. No he conocido jamás en Méjico un hombre que como Caso entendiera tan bien la filosofía. Se puede decir que cada período de la historia de la filosofía lo volvía él a crear. Se entregaba a su tema en tal forma, que parecía vivir uno en el ambiente filosófico de la época y conocer a sus representantes.

—Tiene además una elocución maravillosa. Cuando estuvo por Chile llamó la atención por su elocuencia.

—Sí, es un orador extraordinario. Y a propósito de oratoria, un rasgo más que le explicará a usted por qué motivo siento yo tan cordial amistad por Pedro Henríquez Ureña. Cuando él llegó a Méjico, yo tenía pretensiones oratorias. Me había interesado en la política y comenzaba a figurar como orador. Pues bien, Pedro Henríquez fué quien me ayudó a "torcerle el cuello al cisne", y desde entonces no he vuelto a tener veleidades oratorias.

R. S. C.

El caso de Vargas Vila...

(Viene de la página 811)

pinceladas maestras: amaneceres grises del páramo; llameantes ocasos de tierra caliente; desfiladeros donde el estrépito de las piedras que ruedan precede largamente la marcha del viajero; lentas y sonoras recogidas de ganados; descensos misteriosos y alucinantes de piraguas sobre el lomo amarillo del río. Sin esa malhadada obsesión de escritor político, aspecto literario al que ninguna facultad lo llamaba, Vargas Vila hubiera entregado su despierta y trepidante sensibilidad a crear en sana paz la novela americana, y no digo que lo hubiera conseguido definitivamente, mas estoy seguro de que habría llevado a ella un sentido místico, religioso, de la naturaleza, que falta a menudo en los aficionados al género. O al menos, dado su potente lirismo, Vargas Vila hubiera sido el Chocano de la prosa.

Como queda dicho, contra su actitud de puro cerebral, era Vargas Vila un instintivo, nada más, o mejor dicho nada menos que un instintivo. De ahí su raigambre americana, su vinculación indestructible a nuestro ambiente; de ahí su don de agitarnos y conmovernos, todo lo fugazmente que se quiera, pero sin que pudiéramos evitarlo. Artista era Vargas Vila, digan lo que quieran los puristas melindrosos y los pensadores de pega. Tenía un temperamento vibrante, una fácil reacción, una inestabilidad nerviosa que lo predisponía para captar el mensaje del misterio y para recibir la emoción profunda. Hay mucho de nuestra superstición, de nuestro fatalismo, de las ocultas y opuestas fuerzas que nos impulsan y subyugan allá en América y que manan de las sepulturas indígenas y de la vegetación milenaria que se pudre en la oscuridad de la selva, en el grito de colérica angustia que se oye a través de la obra de Vargas Vila. Obra insincera, ya lo dije, deformada, truncada por el querer de su autor pero que deja transparentar el secreto mandato que la dictó; la doliente protesta de la raza vencida que gime bajo el peso de la desesperación impotente, y las inquietudes inextricables y suicidas del mestizaje, que se debate en el palenque de su alma, solicitado con violencia igualmente tiránica por las más opuestas inclinaciones.

Ese refinado, ese emancipado, era un esclavo de su sangre y del medio donde creció, y el huracán de sus instintos lo llevaba como una hoja, sin que pudiese resistirlo. En Colombia somos demasiado flexibles ante la imposición de la moda literaria y escuchamos con exagerada reverencia a los que creen saber. De ahí el auge, a veces prolongado, de escritores sin la menor importancia, y la proscripción inapelable de los que, como Vargas Vila, llevaron mucho por dentro, tenían una personalidad entera y recia, aunque no halagaron todos nuestros gustos, o, en efecto, adolecían de evidentes inferioridades.

No me interesan la figura de Vargas Vila, su gesto de proscrito y de solitario, su oficio de fabricante de truenos y de expendedor de centellas. Afirmo, sin embargo, que su caso literario es interesante: que fué como artista más fiel a la índole de nuestro pueblo que la mayoría de los nacionalistas profesionales, y que como hombre realizó ciertamente un tipo de dignidad que se hace más raro a medida que pasa el tiempo, entre las gentes de la literatura, que aun siguen creyendo poseer el derecho a que les sea perdonado mucho. Un espíritu dotado tan generosamente por la vida y que incurrió en tan notorios extravíos de pensamiento y de palabra, tiene por lo menos el mérito de ser para los talentos y para los genios de la literatura, por fortuna muy abundantes en nuestra patria, un ejemplo y una advertencia de lo que se ha de evitar. ¿No fueron, por otra parte, sus audaces malabarismos verbales y su pronunciamiento contra cánones y prescripciones, el prólogo necesario para la libertad que hoy se goza en la prosa y en la poesía?

Armando Solano

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

Waldo Frank: *Aurora rusa* .... ₡ 4.00
Rafael Seco: *Manual de Gramática Española.* (Morfología y Sintaxis). En 2 tomos 3.50
Jorge Mañach: *José Martí, el Apóstol* ... 3.50
J. P. Muller: *Mi sistema para las señoras.* (Gimnasia)................ 3.50
Fernando González: *Viaje a pie* 5.00
Fernando González: *Mi Simón Bolívar*... 5.00
Fernando González: *Don Mirócletes*....... 5.00
Pedro Emilio Coll: *La escondida senda* . 2.50
Ml. González Prada: *Trozos de vida.* (Versos) 3.00
Ml. González Prada: *Bajo el oprobio* .. 3.00
Franz Tamayo: *Scherzos.* (Poesías)....... 5.00
E. J. Dillon: *La Rusia de hoy y la de ayer.* Un Vol. Pasta 14.00
G. K. Chesterton: *Pequeña Historia de Inglaterra* 3.50
A. France: *Páginas escogidas.* Selección de Pablo Neruda 4.00
Franz Werfel: *Juárez y Maximiliano.* Historia dramática.............. 6.00
Petronio: *El Satiricón.* Pasta 3.00
Ramón Pérez de Ayala: *Belarmino y Apolonio.* Novela 3.50
Teresa de la Parra: *Las Memorias de Mamá Blanca* 4.50
Carlos H. Pareja: *Las Obligaciones en Derecho Civil Colombiano* 3.00
Giovanni Panini: *Historia de Cristo* 6.00
José Asunción Silva: *Poesías* 4.00
Henri Rollin: *La Revolución Rusa.* I. Su Génesis Histórica.............. 4.50
Henri Rollin: *La Ruvolución Rusa.* II. Del Marxismo al Nacionalismo 5.50
Preobrayenski: *Anarquismo y Comunismo* 2.50
J. P. Pavlov: *Los Reflejos Condicionados.* Lecciones sobre la función de los grandes Hemisferios 15.00

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

Noticia de libros

José Martí en Costa Rica, por *Carlos Jinesta*.
Imprenta Alsina, San José, Costa Rica. 1933.

Dos amigos y colaboradores de este semanario nos han ofrecido notas alusivas a este folleto de Jinesta. Con gusto las publicaremos, si llegan. Y así habremos cumplido con Jinesta, acreedor a simpatías y estímulo en sus labores literarias. Mientras tanto, saquemos la introducción que le hace don Alejandro Alvarado Quirós, atento siempre a los jóvenes, a estimarlos y animarlos.

Dice don Alejandro:

Carlos Jinesta pertenece, literariamente hablando, al grupo de los jóvenes. En los juegos florales de 1914 obtuvo un premio por una página primaveral, que juzgué llena de promesas, un asunto que podría servir para iluminar una porcelana de Sevres y la forma pintoresca y cincelada de quien desea poseer un estilo peculiar.

Más tarde se ha observado que los temas que le han servido para sus cuidadosos estudios son como notas de un himno patriótico. Fué Jinesta uno de los vencedores en el certamen para escribir una biografía de don Juan Rafael Mora, el héroe de la campaña que afirmó nuestra independencia, y es también autor de un folleto dedicado a ensalzar con fervor a Juan Santamaría y la hazaña que lo cubrió de gloria, al incendiar el Mesón de Rivas, sacrificando conscientemente su vida; como Ricaurte, el héroe bolivariano, para contribuir a la victoria de sus compañeros de armas.

En estas páginas encuentro la comprobación de esa nota característica del intenso patriotismo del autor. Suyos son los párrafos siguientes: "Para hacer el elogio de Costa Rica debiéramos emplear palabras acrisoladas de espiritualidad, de esas usadas cuando se dan Gracias a Dios o se evoca a la madre o se bendice al hijo. La patria nuestra es acreedora a los adjetivos más brillantes, a las más hechiceras imágenes, a todo lo magno de que se sirve el hombre en sus arrobamientos imperecibles. El cuadro que la ensalza, el libro que la encomia, el discurso y el bronce que la honran, la espada que la custodia, el agricultor que la cultiva, he aquí el patriotismo que imprime alma a esta tierra de promisión".

"¡El culto de la patria! Es hermoso querer el pedazo del mundo, raíz de la vida, en que nacimos; donde se transforman los restos de nuestros mayores y nos adormecemos al arrullo del canturreo maternal; donde circula el céfiro cargado de aromas que agitó nuestros cabellos de liceístas y vive el sacerdote de balandrán enmohecido, que al salir del templo estampó besos en nuestra frente encendida de fe, mientras en lo alto, con sus vuelos, golondrinas y gorriones tendían encajes entre árbol y árbol, entre onda de flores y racimo de frutos".

Patriótico y de finos quilates es el intento de rememorar a los héroes, que en esta América nuestra, han fundado o defendido la nacionalidad y a los hombres que con su ciencia, como estadistas o profesores, han dejado surcos de luz en las instituciones o en las inteligencias de sus discípulos.

No conforme con admirar, el escritor pretende que el entusiasmo de su alma lírica sea contagioso y edificante. Para ello no descuida ningún detalle y sus biografías contienen no sólo los rasgos esenciales del personaje, sino hasta la anécdota, el comentario chispeante, el documento complementario que explica el medio ambiente y excluye la monotonía del relato, tal como en las telas de los grandes maestros, el pintor combina alrededor de la figura prócera, el paisaje de suave colorido que la realza, sirviendo de fondo y de amenidad al cuadro.

Dije que el señor Jinesta aspiró desde su feliz iniciación en los campos de las letras, a tener un estilo suyo, característico. La prodigalidad de su imaginación le brinda conceptos que esmaltan la frase en forma original y su estudio constante de buenos autores le ha permitido manejar a su antojo la lengua, siendo muy aficionado a las elipsis de los verbos y sorprendiendo los secretos del ritmo del período corto. Aparece siempre su deseo de superarse y esta su manera es como el sello que pone un artista legítimo en cada una de las criaturas de su ingenio. No vacilo en afirmar que el "José Martí" que no ha salido aún de su taller es la mejor, así como la más reciente de sus producciones literarias. Fué concebido por la sugestión de un pensador que lo atrajo hacia su culto; lo llevó dentro de su mente por largo tiempo como centro y núcleo de sus lecturas, al escribirlo lo hizo con fruición de hombre de letras y después cuidó el fondo con la pulcritud de la información verídica y documentada y cinceló la forma con amor, llegando en ocasiones a recordarnos la frase, reticente pero llena de médula, del mismo Martí o la prosa poética de Gabriela Mistral.

No renuncio a citar algunas de sus metáforas en que combina lo material con lo espiritual, con un anhelo sincero de originalidad: "Al declinar de un día hermoso como la honradez". "Picado estaba el mar como una catalinaria de Montalvo". "En la molienda había desusada animación con el tránsito de carretas envanecidas de caña, cortada a ímpetus de machete, que al ser agitado dejaba en el aire un son de oro, un trino de pájaro victorioso". Y para regalo de los lectores que sentirán como yo, la misma religiosa emoción del toque de ángelus, en una tarde luminosa, copio el párrafo final de esta semblanza:

"José Martí, llegaba apenas al linde de los 18 años—durante su prisión impuesta por el gobierno que regía en su tierra, arrastró grilletes. De éstos su madre hizo construir una sortija de hierro—de hierro era el recuerdo—que conservó Martí hasta su último segundo, en Dos Ríos. El anillo que representaba esclavitud, en la sombra y en la sangre del régimen que se gallardeaba en la isla, a la muerte del Libertador, se transformó, al mandato del conjuro, en leve y dilatado aro con alas que elevó a Martí, vestido de gloria, a alturas de Armonía, de Silencio y de Serenidad.—¡Luz eres y en luz habrás de convertirte!"

———

Desde 1892 se establecieron en nuestro país numerosos emigrados cubanos, cuyo jefe era Antonio Maceo, en virtud de un contrato celebrado con el gobierno para fundar una colonia, con un ingenio de azúcar y cultivos de caña y de tabaco. En esta capital y en distintas ocupaciones compartían nuestra vida apacible, algunas personalidades de la gran Antilla, en espera de nuevo movimiento independizador, que no era difícil predecir. El doctor Antonio Zambrana, por segunda vez era nuestro huésped ilustre, dedicado a su profesión y a la enseñanza en las cátedras universitarias de derecho. La opinión pública se mostraba favorable a la causa de la libertad de Cuba, ya por el influjo que aquí ejercían sus propios hijos, ya por el razonamiento lógico de que no podíamos querer soberanía para Costa Rica y para los demás Estados de América y eterno vasallaje para uno sólo de ellos, advirtiendo que esta actitud no disminuía la constante adhesión que aquí se ha mantenido para la madre patria. Dadas estas circunstancias, muy bien referidas en el libro del señor Jinesta, podemos afirmar que estábamos preparados para recibir en palmas la visita de José Martí, quien llegó a nuestras playas el 30 de junio de 1893.

Recordaremos siempre la conferencia memorable que pronunció en nuestra Escuela de Derecho. Recientemente, cuando pasó por sus aulas el pensador mexicano Vasconcelos, tuve ocasión de recordar a los jóvenes la recepción que los estudiantes de otro tiempo, le hicimos al insigne revolucionario cubano. Su entrada al salón del brazo de Zambrana. Su estatura pequeña, su pálido semblante en que dos ojos oscuros nos atraían con magnetismo extraordinario. Su voz que al principio parecía quebrantada y débil, pero que se hizo penetrante y ardorosa en el curso de la oración y vehemente en los párrafos finales consagrados a su patria esclavizada. Su aspecto enfermizo y modesto y los antecedentes que sabíamos de su constante batallar y la alteza de su palabra y los milagros de su pluma infatigable, todos estos detalles que impresionaron al auditorio, ganaron para siempre las simpatías de quienes tuvimos el privilegio de asistir a esa velada.

Martí, más que un orador en el sentido que damos al vocablo, era un apóstol entregado a su cruzada. La sinceridad brillaba en sus miradas y los períodos de su discurso no parecían preparados, sino que brotaban caldeados por el fuego interior en que se consumía su existencia, ya prometida para la muerte. Su palabra de seda recordó a la juventud sus deberes para con la magna patria hispanoamericana, la necesidad de completar la independencia, de mantener los fueros de nuestra raza y de nuestra lengua de Castilla, de vivir con decoro de hombres, para cumplir los destinos señalados a nuestro continente. Nada pedía, en cuanto a la cultura, que él no hubiera realizado ya, y como no era sólo un hombre de pensamiento, comprendimos que sus actos respaldarían pronto la virtud de su propaganda hablada y escrita, hasta el extremo sacrificio.

Martí, según lo demuestra el autor de este libro, vino en esa primera oportunidad y regresó al año siguiente, en rápida temporada, para entenderse con Antonio Maceo y su grupo, de la colonia de Nicoya, pero quiso también sembrar buenas voluntades en este país, de la constelación del Caribe, para contar con una base de operaciones en la próxima y decisiva revolución y en ambos propósitos tuvo el éxito más lisonjero.

En íntimas conversaciones relativas al movimiento emancipador, Zambrana mostraba su escepticismo en cuanto al resultado

final y a los beneficios de la absoluta libertad en la isla, que era el plan acariciado por Martí. Alegaba el problema de la diversidad de razas, de la falta de educación cívica, de las pasiones extremistas de sus compatriotas, mostrando el peligro de que Cuba cayera en poder de los Estados Unidos, en forma directa o por imprevisora entrega de la tierra, o de que se convirtiera en la presa condiciada de rapaces dictadores que ponen sombras en la historia de la América Latina; por todos estos razonamientos limitaba sus aspiraciones a la autonomía concedida por España, a la manera que Inglaterra lo acostumbra con sus colonias, en la época contemporánea. Martí, que apreciaba los servicios prestados en el primer levantamiento y la elocuencia del verbo de Zambrana, refutó todos sus argumentos oponiéndoles la réplica de su pensamiento iluminado y el sentimentalismo de su ardoroso corazón que idealizaba al negro y al indio y que mostraba fe absoluta en el bálsamo de la libertad para curar todas las lacras y deficiencias de su país.

En el elogio fervoroso que trazó Martí de Simón Bolívar, exclamaba, como externando un íntimo concepto que muy bien podía serle aplicado: "que el Libertador hace falta en América, porque lo que él no realizó todavía está por hacerse". Cuando nuestra mirada se detiene en el cuadro que nos ofrece en sus primeros pasos la República que él fundara y la vemos, disminuida en

su soberanía por una enmienda a su Constitución, que permite la ingerencia de una potencia extraña en su vida política, dividida por la lucha a muerte de los partidos, explotada por las codicias de los gobernantes, tiranizada en una forma indigna de este siglo, convulsionada a pesar del riesgo inminente del desembarco de tropas extranjeras; cuando vemos estos colores sombríos y como contraste unos pocos políticos austeros y un puñado de jóvenes idealistas, que quieren transitar el camino del decoro y la justicia, tenemos que comprobar que el diálogo transcrito de Martí y Zambrana, a medida que pasan los tiempos, se perfila en forma severa y trascendental, como si se hubiera descifrado en aquel entonces, el enigma de los destinos de la patria de estos dos hombres superiores, ya desaparecidos.

Las últimas páginas de este libro contienen la conmovedora narración de la muerte de José Martí. Fué para nosotros más feliz que muchos de los caudillos de la epopeya americana, quienes cumplida su obra se vieron escarnecidos como Bolívar, desterrados como San Martín, asesinados como Sucre, para no citar más que a los más grandes. El curioso destino de los héroes frente a las democracias desagradecidas, que se rebelan tan pronto como reciben el presente divino de la libertad, no pudo alcanzar al denodado luchador de Cuba, pues murió peleando frente a las tropas peninsulares, enardecido al llegar a la meta por tantos años deseada, listo a sellar su obra apostólica al precio de su vida, tal como en frase lapidaria lo expresa el señor Jinesta:

Nos imaginamos este diálogo, esculpido en llama:
—Marchemos a la victoria, compatriotas.
Y los soldados:
—Tú a la gloria, Martí.
Y placenteros:
Vamos a morir.
El maestro, prodigioso de visión:
—Para *vivir*.—

Hemos tenido ocasión de contemplar en la época de la tiranía de Machado, la estatua de mármol de Martí en el centro de La Habana. Es el hombre civil, el estadista que dió vida e infundió soplo al barro humano para crear la nacionalidad. No fué guerrero como Bolívar, pero no es inferior a él, en sus concepciones de gobierno, en la tenacidad para vencer las dificultades, en la fe en el porvenir, en el sacrificio de toda la existencia consagrada a la idea de la patria. A Martí, los cubanos no lo discuten; no quiso presidencias, así como Bolívar declinó las tentaciones de la corona, y no se puso a prueba después de la redención de la independencia que buscaba, por de seguro habría salido victorioso. Por eso está por encima de los partidos y de las pasiones de los hombres. En lo alto del monumento el afecto de Cuba lo mantiene erecto y me figuro que en los momentos como el presente, en que la nación siente que la hazaña realizada por los próceres de la revolución pudiera desplomarse y que la discordia intestina llegara hasta oscurecer el sol que ostenta el pabellón de la República, el corazón de mármol del Padre que vela por su pueblo, debe palpitar intensamente como en el momento supremo en Dos Ríos, en que trocó la vida por la inmortalidad.

El lector al terminar este hermoso libro, este breve y elocuente relato, que encierra en relicario esmaltado, el recuerdo de Martí y sus visitas a nuestra patria, y que en este minuto trágico de la isla, gozará de mayor estimación, no necesitará preguntarse la causa del proselitismo que demuestra su brillante autor: es un destello de la simiente que hace cuarenta años sembró el Maestro en nuestra tierra con su discurso y su presencia. Sus dotes excelsas, su trabajo heroico, su espíritu de sacrificio y la pureza de su carácter, que pueden ofrecerse como dechado, ejercerán siempre fascinación en las inteligencias de la juventud que está preparada para comprenderle y para amarle y por encima de esto, el señor Jinesta destaca la virtud que más admira en él y que muy pocos comparten a través de la historia, porque Martí prodigó sus fuerzas espirituales, pero logró dar unidad a su vida, entregándose con singular abnegación a su obra redentora y con visión amplia y total a Hispano América.

Alejandro Alvarado Quirós

San José, septiembre de 1933.

Francisco Contreras y Vargas Vila...

(Viene de la página 232)

La Ville Merveilleuse y **La Montagne Ensorcelée**, y más poemas. Y ya incorporado definitivamente a la literatura francesa, como antaño Heredia y ogaño Armando Godoy, le sorprende la muerte a los 56 años de edad.

José María Vargas Vila fué el ángel negro de la literatura hispanoamericana. Colombiano de origen, vagó por América y vivió en Europa la mayor parte de su vida. Formidable agitador de ideas revolucionarias elementales, sonoro demoledor de ídolos, enemigo eterno de toda forma de tiranía, Vargas Vila se fué demasiado tarde, cuando ya sus obuses se habían convertido en humildes arvejas y el fuego de sus cañones en luminarias de noche de navidad. Por muchos años fué el novelista predilecto de los literatos noveles de nuestro continente y más de un presidente de república hispanoamericana se inspiró en sus principios políticos. Rey de la metáfora, de la repetición, de la onomatopeya y de la barbarie gramatical, el escritor colombiano nos dejó unas cincuenta obras, de las cuales no se salvará ni siquiera una página cuando el tiempo justiciero haga su recuento. Nutrido de la filosofía pesimista de Schopenhauer, de la superhombría nieztscheana y del estudio de la psicopatología, cae en lamentables errores filosóficos y en aberraciones de manicomio. Con todo, la brillantez extraordinaria de su estilo barroco, la vitalidad estupenda de su verbo, el brío en el ataque, lo rotundo de la negación, dieron a sus libros una popularidad continental. **Flor del fango, Ibis, Alba roja, La conquista de Bizancio, Aura o las violetas, El archipiélago sonoro**, lucen sus lomos dorados en miles de bibliotecas y Vargas Vila es acaso el único escritor de nuestra América que haya vivido de su pluma por más de cuarenta años. Vargas Vila, el gran solitario, el gran rebelde, el gran antipatriota, llevaba a su Colombia muy cerca de su corazón; en sus últimos años y poco antes de morir dijo, refiriéndose a ella: "Yo no viviré ya en ella, pero ella vivirá siempre en mí". Sus despojos descansan ahora en hospitalarias tierras de España.

¡Ojalá que Chile y Colombia se acuerden de sus hijos errantes y lleven sus cenizas al caro suelo que los vió nacer!

Arturo Torres Rioseco

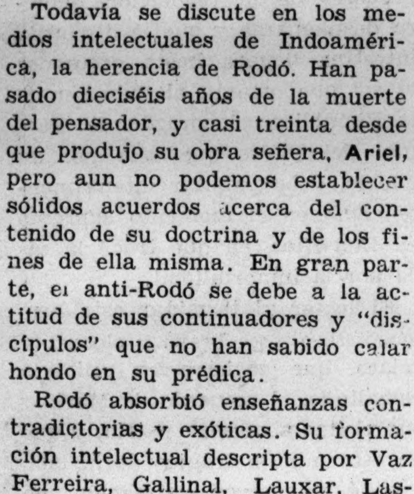
EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.



El anti-Rodó

= De *Nosotros*. Buenos Aires. =



José Enrique Rodó

Todavía se discute en los medios intelectuales de Indoamérica, la herencia de Rodó. Han pasado dieciséis años de la muerte del pensador, y casi treinta desde que produjo su obra señera, **Ariel**, pero aun no podemos establecer sólidos acuerdos acerca del contenido de su doctrina y de los fines de ella misma. En gran parte, el anti-Rodó se debe a la actitud de sus continuadores y "discípulos" que no han sabido calar hondo en su prédica.

Rodó absorbió enseñanzas contradictorias y exóticas. Su formación intelectual descripta por Vaz Ferreira, Gallinal, Lauxar, Lasplaces, Zum Felde,—fuentes de primera categoría por su inmediatez,—Zaldumbide, García Calderón, etc., demuestra que puso oído atento a las corrientes intelectuales de su tiempo, pero poco a las realidades concretas de su medio. Su ambición parece haber sido acordar el paso americano al europeo. Enorme ambición, pero un tanto desapoderada. Siguió, admiró y citó frecuentemente á Renán, Guyau, Emerson, France.. Renán, profesor de escepticismo y erudición, había dicho ya su memorable frase en **La Reforme intelectuelle et morale,** dirigida a los obreros: "Haced vuestra tarea y la nuestra, y dejadnos a nosotros especular". (Pléjanov recuerda también esta frase como uno de los síntomas del pensamiento europeo fin de siglo). Renán erudito estupendo, creía, sin embargo, en el libre juego del criterio y en el vuelo ágil y altísimo del espíritu. Estudiando la obra de Renán, escribía González Prada, a raíz de la muerte de aquél, a quien había escuchado en un curso del Colegio de Francia: "Fué un Ariel que llevaba en sus alas el polvo de una Biblioteca". El lector debe recordar esta frase para re-aplicarla después... Guyau, enfermo mortalmente desde la juventud, como nos lo describe Fouillée, aportaba un romántico elogio, una lírica fe en la vida, más apetecida que constatada. Igual que en Nietzsche, en Guyau surgía un desesperado deseo de vivir, creador de una aparente alegría y fe en la vida, que era lo inalcanzable. Comparemos el **Epistolario inédito** de Nietzsche con las páginas de **Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction,** para hacer más efectivo el paralelo... Emerson, como Carlyle aunque por diverso modo, buscaba en el hombre la explicación genial de la historia. Nietzscheano en el fondo, ocultaba su fe en el **Uber Mensch,** disolviéndola en una escala democrática y cuáquera, rimante con la organización no imperialista—dentro del viejo sentido del kaiserismo—de su país. France glosaba la "historia contemporánea", pero siempre desde "la piedra filosofal".

Escepticismo, fe en la inteligencia, que es por condición natural disociadora e incrédula, adhesión a las minorías inteligentes, eso es lo que contribuye a formar el pensamiento de Rodó.

En un continente de mayorías turbulentas, de democracia trocada en demagogia, de civilidad acezante y turbia, la aspiración a lo mejor se refugiaba, dentro de cierta lógica, en la capacidad de reformarse que residía en un número reducido de hombres cultos. Sin embargo, utilizando el lenguaje spengleriano, los modelos tomados no eran fruto de una cultura, sino de una **civilización.** Rodó amó desmesuradamente aquel paradigma, aquella posibilidad: cegóse ante la necesidad de redimir por la **intelligentsia**—que es la casta de la inteligencia, la burocratización y la oligarquía de la inteligencia—un continente mestizo, en donde, como insinúa Vasconcelos en su **Etica**, rectificando algo el poematismo de **La Raza Cósmica,** el mestizaje acusa aún signos de inferioridad y ausencia de equilibrio.

A pesar de todo, Rodó comprendió su papel. Erró—y mucho—al señalarnos como modelo, la **euphresino** helena, requiriente de serenidad y holgura. La pérdida de la hegemonía griega, arrastra consigo la serenidad del pensamiento griego. Alejandría evidencia hasta qué punto el bello idealismo platónico y la vigorosa lógica aristotélica habíanse extraviado por los senderos de improvisadores y, peor aún, eclécticos. Rodó acertó al insistir en que Calibán,—poético nombre de **Manhattan Empire**—era un peligro para Ariel, cuya táctica debía ser sutilizarse más y sutilizar a Calibán. El único capaz de realizar tal prodigio era Próspero, símbolo del maestro. Realmente **Ariel** se debió llamar **Próspero.** Tal vez, por eso, en un arranque de fidelidad incontrolable, un libro de Rodó llevaría por título **El Mirador de Próspero...**

Creyentes en la fuerza de la fe, los discípulos de Rodó exageraron las sugerencias del maestro. Francisco García Calderón decía, refiriéndose al caso concreto de mi país: "El Perú no se salvará sino entre el polvo de una Biblioteca". Ariel, pues, como lo decía González Prada, Ariel "llevaba sobre sus alas el polvo de una biblioteca"...

Más tarde, en un pomposo discurso parlamentario, uno de los miembros de aquel grupo arielesco rechazaría en parte aquella frase **élitista** e intelectualista del señor García Calderón, o, mejor, de Monsieur Calderón, como le llaman ya.

Los "discípulos" de Rodó creyeron que la solidaridad podía surgir de asambleas **oficiales,** en las que una juventud con inquietud, pero sin emoción, formuló juramentos de cordialidad y abrazó principios de justicia... a condición de que vinieran de arriba. Todo sentimiento en marcha requiere liturgia: es verdad. Pero su perfección, su sentido místico surge después. En tal caso, sería injusto negarles a aquellos doctores del panamericanismo y los congresos estudiantiles, su valor de escampavías, sólo que equivocaron e invirtieron los términos, pues la sugerencia—fundamental en Rodó—se trocó en ellos en dogma. Rodó se parece—pese a su idealismo—al Marxismo, en un aspecto: en su capacidad de indicar, mover y sugerir, y, por tanto, de rectificarse. Es esencial en el Marxismo la autocrítica y la fuerza rectificatoria. Los arielistas fueron dogmáticos como... el Vaticano y la Tercera Internacional. Con la desventaja considerable de que no estuvieron dispuestos al martirio y a la muerte como los cristianos sinceros y los comunistas de verdad. Un grupo se escapa, a pesar de la coetaneidad, a aquel tumulto: el de México. Los pares del arielismo indoamericano en aquel país, vivieron y combatieron en una revolución auténtica que buscaba la realidad del pueblo, no en las palabras, sino en los hechos, y que encuentra su símbolo en Emiliano Zapata y los agraristas. Ni aun Caso, el más teórico, deja de palpitar con intensa emoción y Vasconcelos, y el propio erudito Alfonso Reyes, y el poeta emocionado y sencillo que hubo en Ramón López Velarde rindieron pleitesía a la vida, no al libro, como ya lo aconsejaba con admirable visión don Justo Sierra en su discurso de fundación de la Universidad Nacional de México (1910).

Los arielistas tuvieron lo que en Rodó habría sido deseable: poder. Nuestros gobiernos indoamericanos están plenos de mandarines arielistas, que constituyen una clase cerrada de monopolizadores del saber. Rodó murió en la miseria; las medias le fueron arrancadas a pedazos de los pies inmundos, pero próceres. Los arielistas mueren y morirán en olor de celebridad económica, con tatachín marcial tras de sus restos, y discursos necrológicos, y "bonzo ignare" al pie del agonizadero. Su pasión por el saber es pasión jactanciosa y narcisista; demostrar su saber. Llegaron a la Extensión Universitaria, pero no a la auténtica Universidad Popular en la que se elaboran no discípulos sumisos, sino líderes conductores. Cuando uno escucha la confesión de José Ingenieros ante el movimiento juvenil argentino de 1918: "Debemos renunciar a ser guías, para que estos muchachos nos dirijan", comprendemos por qué, en esa época, Ingenieros abraza doctrinas más sólidas y concretas y escribe lo que escribió. Uno de mis mayores orgullos es haber comprendido a tiempo la oquedad del intelectualismo profesional, y haber palpitado al unísono con los trabajadores manuales y con los estudiantes: haber sentido su aliento y haberme dejado guiar por su infalible sentido de justicia y vida.

Luis Alberto Sánchez

Quito, 1933.

Imprenta LA TRIBUNA